Las primas

AURORA VENTURINI

nuevos autores nuevas propuestas nuevas voces

Annotation

Historia de iniciación ambientada en la década de 1940 que despliega el mundo tortuoso de una familia disfuncional de clase media baja de la ciudad de La Plata. A mitad de camino entre la autobiografía delirante y el ejercicio impúdico de la etnografía íntima, Las primas es una novela única y original, con una prosa que pone en peligro todas las convenciones del lenguaje literario.

- LAS PRIMAS
- Primera parte
  - La infancia minusválida
  - Betina sufre un mal anímico
  - Los institutos para educandos diferentes
  - El desarrollo
  - La exposición de Bellas Artes
  - El diploma
  - La cena
  - Tía Nené
  - Cómo era mi tía Nené
  - La tía Ingrazia
  - Tía Nené y mi prima Carina
  - Petra
  - Calor de hogar
  - Alegría del hogar
- Segunda parte
  - El vecino
  - El enigma del sesoral
  - La decisión de Petra
  - Cuando se llevó a cabo la exposición
  - Cuando Petra cumple su cometido
  - Desesperación de la mujer del vecino que sobresaltó al barrio
- Tercera parte
  - Inauguración de la parrilla
  - El cumpleaños de Betina
  - Los invitados de José Camaleón, el profesor
  - El brindis
  - Betina necesita otra silla

- Conversación con Petra mientras desayunamos
- La duda
- Segundo brindis
- En el Registro Civil
- La hora esperada de Betina
- Color de invierno
- Una nueva amistad que puede durar
- Petra decide
- Cacho Carmelo (Cachito) Spichafoco prejuicioso

LAS PRIMAS

Cuatro mujeres orbitando eternamente en el vacío. La premiadísima primera novela de la octogenaria Aurora Venturini.

Autor: Venturini, Aurora
©2009, Caballo de Troya
Colección: Caballo De Troya
ISBN: 9788496594333
Generado con: QualityEPUB v0.29

Primera parte

La infancia minusválida

Mi mamá era maestra de puntero, de guardapolvo blanco y muy severa pero enseñaba bien en una escuela suburbana donde concurrían chicos de clase media para abajo y no muy dotados. El mejor era Rubén Fiorlandi, hijo del almacenero. Mi mamá ejercitaba el puntero en la cabeza de aquellos que se hacían los graciosos y los mandaba al rincón con orejas de burro hechas de cartón colorado. Raramente un mal portado reincidía. Mi madre opinaba que la letra con sangre entra. En tercer grado la llamaban la señorita de tercero pero estaba casada con mi papá que la abandonó y nunca volvió a casa a cumplir obligaciones de pater familiae. Ella asumía tareas docentes turno mañana y regresaba a las dos de la tarde. La comida ya estaba hecha porque Rufina, la morochita que oficiaba de ama de casa muy consecuente, sabía cocinar. Yo estaba harta de puchero todos los días. En el fondo cacareaba un gallinero que nos daba de comer y en la quintita brotaban zapallos milagrosamente dorados soles desbarrancados y sumergidos desde alturas celestiales a la tierra, crecían junto a violetas y raquíticos rosales que nadie cuidaba, ellos insistían en poner la nota perfumada en aquel albañal desgraciado.

Nunca confesé que aprendí a leer la hora en las esferas de los relojes a los veinte años. Esta confesión me avergüenza y sorprende. Me avergüenza y sorprende por lo que ustedes sabrán de mí después y vienen a mi memoria muchas preguntas. Especialmente viene a mi memoria la pregunta: ¿qué hora es? Verdad de verdades, yo no sabía la hora y los relojes me espantaban como el rodar de la silla ortopédica de mi hermana.

Ella, más cretina que yo, sí sabía leer la esfera de los relojes aunque ignorara leer en libros. No éramos comunes por no decir que no éramos normales.

Rum... rum... rum... murmuraba Betina, mi hermana paseando su desgracia por el jardincillo y los patios de laja. El rum solía empaparse en las babas de la boba que babeaba. Pobre Betina. Error de la naturaleza. Pobre yo, también error y más aún mi madre que cargaba olvido y monstruos.

Pero todo pasa en este mundo inmundo. Por eso no es lógico afligirse demasiado por nada ni por nadie.

A veces pienso que somos un sueño o pesadilla cumplida día a día que en cualquier momento ya no será, ya no aparecerá en la pantalla del alma para atormentarnos.

Betina sufre un mal anímico

Fue el diagnóstico de una sicóloga. No sé si lo reproduzco correctamente. Mi hermana padecía de un corcovo vertebral, de espalda y sentada semejaba un bicho jorobado de piernecitas cortas y brazos increíbles. La vieja que venía a zurcir medias opinaba que a mamá le hicieron un daño durante los embarazos, más espantoso durante el de Betina.

Pregunté a la sicóloga, señorita bigotuda y cejijunta, qué era anímico.

Ella me respondió que era algo que tenía relación con el alma, pero que yo no podía entenderlo hasta que fuera mayor. Pero adiviné que el alma sería semejante a una sábana blanca que estaba dentro del cuerpo y que cuando se manchaba las personas se volvían idiotas, mucho como Betina y un poquito como yo.

Cuando Betina daba vueltas alrededor de la mesa rumruneando, empecé a observar que arrastraba una colita que salía por la abertura del espaldar y el asiento de la silla ortopédica y me dije debe ser el alma que se le va escurriendo.

Volví a interrogar a la sicóloga esta vez si el alma tenía relación con la vida y ella me dijo que sí, y aún agregó que cuando faltaba, la gente moría y el alma iba al cielo si había sido buena o al infierno si hubiera sido mala.

Rum... rum... rum seguía arrastrando el alma que cada día notaba más larga y con lamparones grises y deduje que pronto se le caería y Betina moriría. Pero a mí no me importaba porque me daba asco.

Cuando llegaba la hora ele las comidas, yo tenía que darle la comida a mi hermana y a propósito erraba el orificio y metía la cuchara en un ojo, en una oreja, en la nariz antes de llegar a la bocaza. Ah... ah... ah... gemía la sucia infeliz.

Yo la agarraba de los pelos y le metía la cara en el plato y entonces callaba. Qué culpa tenía yo de los errores de mis padres. Tramé pisarle la cola de alma. El relato del infierno me contuvo.

Yo leía el catecismo de comulgar y «no matarás» se me había grabado a fuego. Pero un golpecito hoy, otro mañana, crecían la cola que los demás no veían. Sólo yo la veía y me regocijaba.

Los institutos para educandos diferentes

Yo rodaba a Betina al de ella. Luego caminaba hasta el que me correspondía. En el instituto de Betina trataban casos muy serios. El niño-chancho, trompudo, caretón y con orejillas de puerco, comía en un plato de oro y tomaba el caldo en una taza de oro. Agarraba la taza con patitas gordas y unguladas y sorbía produciendo ruido de torrente acuoso derramándose en un pozo y cuando comía sólido movía las mandíbulas, las orejas, y no llegaba a morder con los colmillos que eran muy salientes como los de un chancho salvaje. Una vez me miró. Los ojillos, dos bolitas inexpresivas perdidas entre la grasa, no obstante seguían mirándome y le saqué la lengua entonces gruñó y tiró la bandeja. Vinieron los cuidadores y tuvieron que serenarlo atándolo como a un animal, que otra cosa no era.

Mientras aguardaba que terminara la clase de Betina, paseaba por los corredores del aquelarre. Vi que entró un sacerdote acompañado del acólito. Alguien había entregado la sábana, el alma. El cura asperjaba y decía si tienes alma que Dios te reciba en su seno.

¿A qué o a quién se lo decía?

Me aproximé y vi a una familia importante de Adrogué. Vi sobre una mesa sobre un paño de seda un canelón. Que no era un canelón sino algo expelido por matriz humana, de otra forma el cura no bautizaría.

Averigüé y una enfermera me contó que todos los años la pareja distinguida traía un canelón para bautizar. Que el doctor le aconsejó no parir ya porque aquello no tenía remedio. Y que ellos dijeron que por ser muy católicos no debían dejar de procrear. Yo a pesar de mi minusvalía califiqué el tema de asquerosidad, pero no podía decirlo. Esa noche no pude comer de asco.

Y mi hermana crecía de alma a cada rato. Yo me alegré de que papá se hubiera ido.

El desarrollo

Betina tenía once y yo doce. Rufina opinó están en la edad del desarrollo y yo pensé que algo desde adentro emergería hacia afuera y rogué a santa Teresita que no fueran canelones. Pregunté a la sicóloga qué era desarrollo y se puso colorada aconsejándome que le preguntara a mi mamá.

Mi mamá también se puso colorada y me dijo que a cierta edad las niñas dejaban de serlo para convertirse en señoritas. Después calló y yo quedé en ascuas.

Conté que concurría a un instituto para disminuidos, menos disminuidos que el de Betina. Una chica dijo que estaba desarrollada. Yo no le noté nada diferente. Ella me contó que cuando eso ocurre sangra la entrepierna varios días y que no hay que bañarse y hay que usar un paño para no manchar la ropa y tener cuidado con los varones porque una puede quedar embarazada.

Esa noche no pude dormir palpándome el sitio indicado. Pero no estaba húmedo y todavía podía hablar con los varones. Cuando me desarrollara jamás me acercaría a ningún chico no fuera que me embarazara y tuviera un canelón o algo parecido.

Betina hablaba bastante, o farfullaba y se hacía entender. Así ocurrió que una noche de reunión de familia en la que no nos permitían estar por falta de modales especialmente durante las comidas, mi hermana gritó con voz de trombón: mamá, me sangrea la cotorra. Estábamos en la habitación de al lado a la del ágape. Vinieron una abuela y dos primos.

Yo les dije a los primos que no se acercaran a la sangrante porque podían embarazarla.

Todos se fueron ofendidos y mamá nos pegó a las dos con el puntero.

Fui a mi instituto y conté que Betina estaba desarrollada a pesar de ser menor que yo. La maestra me retó. No hay que hablar inmoralidades en el aula y me aplazó en la materia instrucción cívica y moral. La clase se convirtió en un grupo de alumnos preocupados, especialmente las chicas que de vez en cuando se palpaban para comprobar posibles humedades.

Por si acaso yo no me junté más con los varones.

Una tarde Margarita entró radiante y dijo me vino y entendimos de qué se trataba.

Mi hermana dejó la escolaridad en tercer grado. No daba para más. En realidad no dábamos para más ninguna de las dos y yo dejé en sexto grado. Sí, aprendí a leer y escribir, esto último con faltas de ortografía, todo sin H, porque si no se pronuncia, ¿para qué serviría?

Leía dislálicamente, dijo la sicóloga. Pero sugirió que ejercitándome mejoraría y me obligaba a los destrabalenguas como María Chucena su choza techaba y un

leñador que por ahí pasaba le dijo María Chucena vos techas tu choza o techas la ajena yo no techo mi choza ni techo la ajena solo techo la choza de María Chucena.

Mamá observaba y cuando yo no destrababa me daba un punterazo en la cabeza. La sicóloga impidió la presencia de mamá durante María Chucena y destrabé mejor, porque cuando mamá estaba, por terminar bien pronto María Chucena, me equivocaba temiendo el punterazo.

Betina rodaba su rum alrededor, abría la boca y señalaba adentro de la boca porque tenía hambre.

Yo no quería comer en la mesa de Betina. Me asqueaba. Tomaba la sopa del plato, sin usar cuchara y tragaba los sólidos agarrándolos con las manos. Lloraba si yo insistía en alimentarla por aquello de meterle la cuchara en cualquier orificio de la cara.

A Betina le compraron una silla de almorzar que tenía una mesita adosada y en el asiento, un agujero para que defecara y pis. En mitad de las comidas le venían ganas. El olor me producía vómitos. Mamá me dijo que no me hiciera la delicada o me internaría en el Cotolengo. Yo sabía qué era el Cotolengo y desde entonces almorcé, diré, perfumada con el hedor a caca de mi hermana y la lluvia de pis. Cuando tiraba cuetes, la pellizcaba.

Después de comer me iba al campito.

Rufina higienizaba a Betina y la sentaba en la silla ortopédica. La boba siesteaba con la cabeza caída sobre el pecho o sobre los pechos porque ya denunciaba la ropa dos bultos bastante redondos y provocadores porque ella estaba desarrollada antes que yo y aunque espantosa era señorita antes que yo, lo cual obligaba a Rufina a cambiarle los paños todos los meses y a lavarle la entrepierna.

Yo me las arreglaba sola y observaba que no me crecían las tetitas dado que era flaca como un palo de escoba o como el puntero de mamá. Y así fuimos cumpliendo años, pero yo asistía a clase de dibujo y pintura y el profesor de Bellas Artes opinó que sería una plástica importante a causa de que por ser medio loquita dibujaría y pintaría como los extravagantes plásticos de los últimos tiempos.

La exposición de Bellas Artes

El profesor me dijo: Yuna —así me llaman— tus cuadros son dignos de integrar una exposición. Hasta puede ser que alguno se venda.

Me alborozó tal alegría que salté sobre el profesor con todo el cuerpo y quedé adherida al cuerpo del profesor con los cuatro miembros: pies y piernas y nos caímos juntos.

El profesor dijo que yo era muy bonita, que cuando creciera íbamos a noviar y que me enseñaría cosas tan bonitas como dibujar y pintar pero que no divulgara nuestro proyecto que en realidad era sólo su proyecto y yo supuse que se trataría de exposiciones más importantes y entonces volví a asaltarlo y lo besé. Y él también con un beso de color azul que me repercutió en lugares que no nombro porque no estaría bien y entonces busqué una tela grande y sin dibujar pinté en rojo dos bocas presionadas enganchadas, unidas, inseparables, cantarinas, y dos ojos arriba, azules de los que desmayaban lágrimas de cristal. El profesor, de rodillas besó el cuadro y ahí se quedó, en la sombra y yo volví a casa.

Conté a mamá de la exposición y ella, que no entendía de arte, contestó que esos mamarrachos informes de mis cartones harían reír a los concurrentes a Bellas Artes, pero que si el profesor quería a ella no le iba ni le venía.

Cuando expuse, entre otras obras de alumnos, me compraron dos cuadros. Lástima que uno fue el de los besos. El profesor lo bautizó: *Primer amor*. A mí me pareció bien. Pero no comprendí del todo el significado.

Yuna es una promesa decía el profesor y esto me gustaba tanto que cada vez que lo decía me quedaba después de hora para saltarle. Él nunca me retó. Pero cuando me crecieron las tetitas me dijo que no lo saltara porque el hombre es fuego y la mujer paja. No entendí. No salté ya.

El diploma

Así fue que me recibí en pintura y dibujo en Bellas Artes cuando cumplí diecisiete años, pero por mi dislalia nunca podría dictar clase, ni enseñar particular. Igual pintaba cuando podía comprarme cartones porque las pinturas me las regaló el profesor que solía visitarnos.

Betina y su silla «rum» rodeaban a mi profesor hasta marearlo, pero mamá nunca me dejaba sola con él y una vez me cacheteó tal vez porque vio que nos besamos pero en la cara, no en la boca como los artistas del cine.

Tenía miedo que no lo dejara entrar al profesor. Pero lo dejó siempre que no anduviéramos besándonos porque si el diablo mete la cola y el profesor mete otra cosa de su anatomía masculina podía embarazarme y el profesor nunca se casaría con una alumna minusválida.

Betina rondaba más que nunca cuando venía el profesor a darme lecciones particulares y miraba los cartones y telas que se apilaban junto a la pared con fines de una exposición en Buenos Aires.

Una vez cayó la noche y mamá invitó a cenar al profesor que aceptó. Yo temblé pensando en ruidos, lluvias y olores asquerosos del corpachón de Betina. Pero donde manda capitán no manda marinero.

Rufina había cocinado canelones. Para colmo de males recordé el canelón del Cotolengo. Tuve deseos de pintar para desfogarme. Pinté un cartón que sólo yo entendí. Un canelón con ojos y una mano que lo bendecía. In mente susurré: si tienes alma que Dios te reciba en su seno...

La cena

Rufina puso el mantel bordado que mamá guardaba y los platos finos que guardaba también. Cuando ponía así la mesa los ojos se le empañaban porque eran obsequios de cuando contrajo enlace. Seguramente le venían recuerdos de cuando se desenlazó y papá se fue. Nunca me dio pena porque no la quería.

Que se embrome... papá habrá encontrado otra mejor sin puntero. Papá tendrá hijitos normales no badulaques como los que ella tuvo y que éramos nosotras.

En mitad de la mesa paqueteaba una estatuilla de cerámica que representaba una pareja de aldeanos abrazados entre una maraña bajo un sauce. Algún día pintaría esa escena que me emocionaba porque a los diecisiete años toda chica desea ser abrazada bajo un árbol pisando el zarzal.

Comimos en la vajilla guardada porque la de todos los días estaba cachada y manchada por el uso. Los cubiertos también fueron los mejores que mamá cuidaba y decía que eran el juego de su casamiento. La cristalería salió a luz después de varios años y parecía de agua transparente. El puchero no parecía el mismo aposentado y rodeado de tal lujo.

Hasta hubo vino dulce. Del otro no porque no alcanzó la plata. En el juego de agua, había agua, naturalmente.

Primero se sentó mamá a la cabecera y al lado el profesor que llegó a horario justo y trajo bombones.

Frente al profesor, yo y a mi lado Betina.

Mamá dijo primero algo para picar. Yo pensé de dónde sacaría el pico y si se trataba de otro cubierto nunca lo vimos, pero la cosa no pasaba por ahí sino por unos platitos con salame y queso con piquitos como espaditas.

Mamá dijo sírvanse para despertar el apetito y puso vino en los vasos de los grandes y agua en los de Betina y en el mío y cuando sonó el timbre y entró tía Nené dijo mamá que era la sorpresa que nos había preparado.

Atareada Rufina iba y venía. Ahora la ayudaba tía Nené.

El plato principal llegaba emancipado en manos de Nené. La gallina apucherada de siempre pero en fuente de plata y aderezada con verduras, traídas por Nené, parecía una ofrenda a un rey.

Y empezamos las manducaciones cada cual como mejor podía. Mamá observaba sin puntero pero yo sabía que lo tendría bajo la mesa a su alcance.

La nota vistosa y espantosa la dio Betina. Torpe y sonora de cuetería y eructos seguidos por las disculpas de mamá aclarando que la pobrecita de dieciséis años tenía cuatro de edad mental según los tests que se le aplicaron dadas las circunstancias de su minusvalía.

Tía Nené selló la melopea con qué desgracia la tuya, Clelia, así se llamaba mamá, dos hijas taradas... y enseguida se zampó un cacho de pechuga en la boca pintada rojo buzón.

El profesor dijo que yo no era tarada sino artista plástica ensimismada y que haría una exposición de cuadros en Buenos Aires y que en la ciudad ya había vendido dos.

Tía Nené

Tía Nené también pintaba. A las telas las encuadraba y las colgaba en todas las paredes de su casa donde vivía con la madre que era mi abuela y madre de mi mamá. En mi casa colgaban dos cuadros firmados «Nené», caras de señoritas con ojos negrísimos, de vaca, y carotas que a mí me asustaban. Una tenía bigotes. Nené decía que le agradaba ser retratista y se lo decía al profesor que le preguntaba dónde había estudiado el arte de manipular óleos y demás, y ella le confesó que era aficionada, que no necesitaba que nadie le llevara la mano porque las cosas le surgían del corazón como agua pura de manantial.

El profesor no opinaba. Nené miró un cartón de mi autoría y dijo que esas rayas no eran nada, que los pintores nuevos a ella no le agradaban y que una vez se rió de la ridiculez cubista de Pettoruti. El profesor trastabilló y como estaba parado mirando el cuadro de Nené, se cayó de traste al piso.

Tía Nené siguió diciendo que mis mamarrachos tal vez pudieran servir a mi incapacidad cognoscitiva por lo que para mí significaban... pero qué sabemos lo que piensan y sienten los anormales, dijo en forma de pregunta.

El profesor insistió en que yo era la mejor discípula de Bellas Artes, ya egresada y pronta a exhibir mis trabajos y tía Nené, irónicamente dijo que cómo serían los demás y la cosa iba poniéndose al rojo.

Mamá terció en que lo mío serían temas de chiquilina y que ya se me pasarían.

Desde el marco de madera nos miraban los ojazos pintados por Nené. Me salió una expresión que luego me valdría un punterazo: creo que me mira una vaca y me pregunta si la voy a comer porque el retrato es aburrido como la cara de una vaca y feo como la cara de una mujer fea.

Nené chilló como la mona del zoológico y gritó hasta cuándo me soportaría su pobre hermana y que ya era hora que me internara en el Cotolengo.

El profesor dijo que le dolía el estómago y que le permitieran ir al baño a vomitar. Me alegré como si me hubieran dado un premio de pintura.

Silencio total y mamá dijo a Nené que se había pasado, que tuviera en cuenta que yo me sentía plena elaborando cosas en los cartones y telas que el profesor me regalaba. Nené saltó como avispa: no te das cuenta de que ese hombre mira a la chica con malas intenciones, dijo a manera de pregunta y mamá corrigió que no fuera mal pensada y que a ella le parecía que ojos tan grandes no cabían en ninguna cara de mujer a menos que fuera la mujer del toro.

Intuía que mamá me aceptaba y detuve una lágrima que estuvo a punto de rodar con estruendo contra el piso porque sería el lagrimón gigante que nunca hube llorado desde que t uve capacidad de comprender —a medias— los fundamentos de las

réplicas entre las gentes llamadas normales y tanto mamá como Nené lo eran. El profesor volvió de vomitar y dirigiéndose a Nené empezó algo que ella interrumpió y fue lo siguiente:

Señorita, empezó él y ella comunicó que era señora y él le pidió disculpa agregando que una mujer tan bonita a su edad nunca podría ser señorita y que sin duda el esposo estaría orgulloso de tener una pintora a su lado y ella le informó que se había separado porque las maneras ordinarias de su ex la chocaron. El profesor culto y educado no contuvo la expresión de que en esa casa no acertaba ni una.

Mamá notó que la cena deslucida afligía a todos menos a Nené. Trajo una bandeja y las copas de champagne. Guardó el champagne para brindar los quince años de alguna de sus hijas que éramos yo y Betina pero no lo descorchó comprobando que no valía la pena porque las edades cronológicas no valen cuando no deslizan sus horas y días con las de la inteligencia.

Volvimos a la mesa. Betina dormida en su sillita roncaba. Qué fea, qué horrible, cómo podía haber alguien tan feo y horrible, cabeza de búfalo, olor de trapo húmedo. Pobre...

Brindemos por la paz, dijo Nené fingiendo intelectualidad. Y siguió contando que su matrimonio fracasado le pesaba porque debido a la falta de educación sexual se sentía culpable y a veces extrañaba a Sancho, nombre de su ex.

Esperaba una pregunta pero nadie le preguntaba, entonces relató que la primera noche, aquí se puso colorada, transcurrió escapándose por la casa y la quinta del esposo enamorado y no se consumó el connubio y él se fue. Se hizo repeluz.

Llenó la segunda copa de champagne y los oídos de los escuchas aclarando que era virgen y casada, ni señorita ni señora ni nada y por ello guarecíase en el arte de pintar cuadros.

Cómo era mi tía Nené

Ella vivía prendida a las polleras de la madre que era también madre de mi mamá y por ende abuela mía y de Betina. Las polleras de abuela parecían una sotana de sacerdote y los zapatos parecían zapatos de hombre y en la cabeza llevaba un rodete de cabello negro porque no tenía canas a causa de que la madre fue india y los indios no encanecen, será porque no piensan. Mamá no tenía canas igual que abuela pero pensaba.

Nené tocaba la guitarra de oído, para tocar la guitarra lucía una vincha azul y blanca y odiaba a los gringos. Las ideas se me desparraman cuando intento describirla, son tantas y tontas pero justo es reconocer que se trata de un personaje.

Le gustaba noviar y besarse hasta comerle los labios al novio y tuvo como ochocientos novios pero salvó su virginidad aun saltando del lecho nupcial por registro civil e iglesia de blanco.

Despuntaban los años treinta cuando Nené enamoró al carpintero italiano. Me acuerdo qué buen mozo era el carpintero..., alto, rubio siempre limpito y perfumado con agua de olor. Venía a noviar a la puerta de la casita de abuela que por ser una casita de barrio no valía mucho. Pero como en la familia nadie trabajaba tenían que conformarse con lo que les pasaba el tío Tito que trabajaba en los diarios.

Tía Nené hacía gala de los besos que se propinaban. Pero otra cosa no hacían porque ella si llegaba a casarse quería estar en estado de virginidad. Esto yo no lo entendía. Creía que con llevar una medallita de la virgen ya estaba salvada de algo muy pecaminoso que contacté con el embarazo. Tal vez, cuando se casara debería quitarse la medallita para que la virgen no viera, no sé qué no debía ver la madre del Señor. Tenía en mi cabeza líos enormes que volcaba en los cartones y así pinté un cuellecito delicado del que pendía la cadenita de la Virgen de Luján y viniendo de las penumbras que conseguí pasando mi dedo sobre trazos gordos y negros, un hombre grandote como el lechero vasco que nos traía la leche y siempre protestaba «arrauia» o algo parecido y del corpachón caían líquidos apabullantes que ahogaban la delicadeza del cuellecito y la virgen sollozaba. Para simular sollozos pinté salpicaduras rojas de destrozo que adoloraban a la criatura del cuellecito de azucena.

El novio italiano con maderas finas terminó el dormitorio, la cama y las mesitas de luz. Después terminaría los muebles del comedor y otras chucherías necesarias para un hogar decente. Tía Nené, supe porque escuché detrás de la puerta, se reía del gringo, ¿qué se piensa ese taño que voy a casarme con él y comer la pasta? Una vez le dije: mejor la pasta que tomar café con leche casi siempre.

Ella me dijo que yo tenía que ayudarla para sacárselo de encima al italiano que ya la tenía harta y yo le contesté que no, una mala acción, no. Ella me dijo que mi

papá también gringo abandonó a mamá. Yo le dije que si no le daba vergüenza engañar así a un señor bueno y ella contestó que los taños, chusmas, no eran señores y esa noche se fue a Chascomús donde vivía un hermano de ella, tío mío y hermano de mamá.

Después no supe nada más de tal embrollo pero Nené tardó un año en regresar a la casa materna de la cual salía temiendo encontrarse con el italiano, felizmente supe que él, desengañado de Nené, había contraído nupcias con una genovesa y la señora ya estaba embarazada y pensé que ya no llevaría la medallita de la virgen por el contacto con el marido que la virgen no debe ver ni oír.

Al poco tiempo tía Nené ennovió con un novio argentino que vino de Córdoba. Me gustaba oír el tonito de su habla y pinté algo al respecto.

Con este novio cantaban y ella tocaba la guitarra y una amiga cebaba mate. Duró poco. Este señor no construyó muebles ni nada. Una tarde de junio que oscurece temprano la apretó contra una pared y ella gritó como gallo al amanecer y vino el vigilante de la esquina y arrancó el sinvergüenza —tuvo que arrancarlo porque estaba prendido al cuerpo de mi tía— y lo llevó preso a la comisaría.

Fue un romance breve y escandaloso. Creo que tuvo otros, pero de ojito no más, hasta que apareció don Sancho que la conquistó.

Don Sancho, un español republicano me encantaba porque se parecía a don Quijote de la Mancha.

Yo tenía un libro de tapas duras con la figura del Caballero del caballo Rocinante y de Sancho Panza, pero el novio de tía carecía de panza, flaquito como una caña y tan bien hablado que yo esperaba que vinieran a casa los dos, él y ella, a tomar el té con masitas que compraba el novio. Pero yo interés de té y masitas no sentía, sí de oír la voz del señor Sancho. Contaba aventuras de su patria lejana y me dio motivaciones para pintar y mis oídos engalanaba con nombre de lugares como Paseo de la Infanta, Río Manzanares y creía ver una niña de blanco con coronita y flores entre los brazos, abrazándolas y las aguas del Manzanares repleto de manzanas danzantes en las olas como cabecitas mofletudas de ángeles, que pinté.

Don Sancho me regaló una muñeca fina de porcelana a la que debía bautizar Nené, el nombre de mi tía y amada novia de él. Mamá opinó que yo cumplía dentro de poco los catorce y que las muñecas ya no me iban. Yo la puse sobre mi cama y de noche nos abrazábamos.

Comprendí que mi destino cernía encima de un celaje triste lluvia soledosa cuando mamá sacudiendo las sábanas de mi cama arrojó a Nené, mi muñeca que añicó sus encantos y yo enfermé de un temblor que tardó bastante en curarse. Crecí después de ese estropicio. Algo trizado dentro de mí dolía. Puntas de la porcelana de Nené, mi muñeca, clavadas en el hígado me produjeron hepatitis nerviosa, además aprendí a llorar.

También lloré cuando tía Nené dejó al marido que era don Sancho. Un día le

pregunté por qué no cumplió con el deber de esposa. Ella respondió que no convenía dialogar temas íntimos conmigo porque siendo su sobrina le debía respeto y que ya habría tiempo más adelante para tratar asuntos picantes y sucios.

Yo le dije que la hermana de ella, mi otra tía, haría cosas pi- cantes y asquerosas con el marido y ella me mandó cerrar la boca.

La tía Ingrazia

Casada con Danielito, un primo, tuvo dos hijas. Algún mal de ojo perseguiría a mi familia porque las primitas imbeciloides asistían a colegios de minusvalías y una de ellas tenía seis dedos en cada pie y una excrecencia en la mano derecha que casi semejaba un dedito más. Pero no.

La otra primita, según habladurías, era liliputiense, quiere significar enana.

Tía Ingrazia las sacó del instituto y Carina la mayor a los catorce años tenía novio y la otra Petra de doce espiaba lo que hacían. El tío Danielito carecía de carácter y dejaba el hogar a la deriva como barco sin timón. Ingrazia me odiaba porque yo pintaba y era bonita como una chica modelo de Modigliani, *La niña de la corbata*.

Tía Ingrazia opinaba que yo también padecía minusvalía aunque disimulara mi anormalidad pintando y siendo linda. Creo que no se equivocaba... Yo sólo vivía para sentarme y pintar y el mundo circundante desaparecía dejándome en una preciosa isla de tonalidades.

Tía Ingrazia vivía en las afueras de la ciudad, en una casa grande rodeada de jardín. El tío Danielito trabajaba en una escribanía y venía poco a la casa familiar.

Yo crecí en el mal concepto del matrimonio y la familia organizada. Juré no casarme. Juré vivir para pintar. Juré muchas cosas hasta que me enteré de que jurar era pecado y no juré más.

Cuando Carina quedó embarazada vino tía Nené desesperada y proponiendo a tía Ingrazia que la hiciera abortar. A los quince años madre soltera, no, jamás...

Le pregunté a Petra si ella vio cómo embarazaba un novio a la novia y ella me dijo que yo estaba retrasada y que aunque pintara, ignorante como yo nunca conoció y me contó todo.

A los dieciocho años una chica de catorce me abrió los ojos. Eso me entristeció como así también lo del aborto que soñé y pinté. En un gran cartón pinté un mapamundi dentro del cual un renacuajo flotaba tratando de defenderse de un tridente que intentaba traspasarlo y el renacuajo de repente parecía una semilla humana, un nene feo que minuto a minuto cambiaba a más lindo hasta que se hizo bebé y entonces el tridente lo pinchó en la barriguilla y él salió flotando hacia aluera del mapamundi. Ese cartón que mostraba varios aspectos de la aventura de ese pequeño ser fue muy estudiado y asimismo aprovecharon los sicólogos sociales para hacerme preguntas que yo contesté como mejor me pareciera para confundirlos. Creo que los confundí. Leí las conclusiones in fantiles a que llegaron. Íntimamente me burlé de ellos, de sus poses y sus lástimas hacia mi persona.

Cuando titulé mi obra creo que se hicieron cargo del error de interpretación:

Aborto. Así lo titulé.

Gané una medalla por *Aborto.*

Tía Nené y mi prima Carina

Carina me rogó que me quedara con ella ese día y esa noche hasta la mañana siguiente porque tenía miedo.

Me quedé. Confieso que los seis dedos y la estupidez de ella me asqueaban.

Me contó que cuando estaba en la cocina de la casa, que era como ya conté yo a mi vez, grande y solariega, venía el vecino de la otra quinta y empezaban a besarse —me daba cada beso...— y después se desnudaban por la mitad y él la apretaba y ella sabía por qué le dolió la cotorra la primera vez y le salió mucha sangre, pero no avisó a la madre que era mi tía Ingrazia. Ahora se daba cuenta de que debió avisarle porque la tía Nené le gritó loca embarazada y que la llevaría a un lugar donde la desembarazarían y además me pidió consejo. Pero yo no le dije nada porque todavía no me ubicaba en el problema. Ella me abrazó.

Cuando llegó Nené a las once del otro día ya estábamos arregladas y salimos con ella en un coche de aquellos encapotados tirados por un caballito a las afueras del centro. Bajamos en un barrio pobre. *Infernal* titularía al próximo cartón que ya llevaba dentro tanto como Carina, ahora sé, llevaba el bebé, pero dijo Nené que todavía no era un bebé a los tres meses del pecado original cometido por la sobrina Carina y el vecino de la quinta de al lado, el floricultor, casado y viejo que bien pudo ser padre de la deshonrada Carina y que no había que contar esto a nadie, ni siquiera al tío Danielito que era su primo, también de mi mamá y de Ingrazia. Agregó que aunque Danielito era un badulaque por ahí le venía la fiereza y sumábamos a esta porquería una tragedia familiar.

Noté que Carina lloraba sin lágrimas y pasaba sus deditos acariciándose la barriga cuando tía Nené dijo porquería y me di cuenta de que Carina quería al nene que llevaba adentro y me hizo piel de gallina.

Bajamos sobre el barrial del barrio pobre y de una casa más pobre salió una mujer vieja de batón y delantal secándose las manos, invitándonos a entrar que ya venía la doctora. Nos sentamos a esperar en un sofá que exhaló polvo porque estaba sin sacudir y yo estornudé porque el polvo me da alergia.

En un espejo de la pared que nos enfrentaba observé qué poca cosa éramos tanto tía Nené, con el traje que le ajustaba porque estaba gorda y los zapatos tortos y las uñas pintadas y la cara que se parecía a las caras que ella pintaba de vaca (no me vas a comer). Pero ahora una vocecita preguntaba por qué me vas a matar pero yo sólo la oí de otra manera.

Oí que en la otra pieza caminaban preparando instrumental y lo adivinaba porque el ruido metálico semejaba el que escuché cuando me operaron de amígdalas en el Hospital italiano.

Vino la doctora que no lo parecía por lo ordinaria. Preguntó cuál era la paciente y de cuántos meses estaba a lo que respondió tía Nené que de tres y monedas y yo comprendí por qué dicen que los hijos traen un pan bajo el brazo pero tía Nené, que no comía todos los días por falta de dinero, ni por las monedas que traería el nene lo perdonaba.

Pase dijo la doctora y temblando pasó Carina, preguntó la tía si ella también podía y la doctora dijo que no y cerró la puerta que nos comunicaba.

Se agudizaron los choques metálicos del instrumental. No lloró Carina. Comprendí que había otra persona además de la doctora. A la hora y media se abrió la puerta y la doctora dijo que podíamos pasar. Carina todavía estaba en una camilla, dormida por la anestesia. La médica llamó a tía Nené, oí que le dijo que eran cuarenta pesos. Qué barbaridad... dijo Nené.

Yo agarré la mano fea de Carina. Ella presionó la mía y me alegré de que no estuviera muerta.

Cuando se repuso llamaron a un auto. Y volvimos a la casa de tía Ingrazia y de Carina. Nené no bajó y se fue a su casa en el mismo coche. Antes nos susurró que no contáramos nada a nadie porque los abortos estaban penados por la ley y si se sabía, íbamos todas presas a la cárcel de Olmos.

Petra

La hermana de Carina, Petra, también prima mía, salió a recibirnos. Quería conocer detalles y le hicimos jurar que se guardaría de hacerlos correr o iríamos a parar a la cárcel de Olmos. Ustedes, gritó la enana, porque yo no fui, y yo le auguré que si contaba lo que Carina por inocencia le contaría, yo la acusaría a ella de obligar a Carina a abortar. Juró no contar.

Además nos prometió enseñarnos (de qué manera) cómo ninguna mujer quedaba embarazada si tomaba precauciones. Yo opiné cómo sabía tanto con sólo catorce años. Ella me confesó que lo hacía desde los doce. Pero después de la menstruación usaba preservativos o contaba cierta cantidad de días —no me acuerdo cuántos— en que sí se podía sin preservativo. Pero insistió que no convenía confiar en el calendario.

Carina fue a acostarse a su camita y pidió un té con leche y tostadas.

Petra relató que no había por qué privarse de nada y que usando el preservativo estaba bueno pero que tenía que estar bien colocado porque si no podía romperse y bueno...

Yo pregunté adonde había que llevar el preservativo, en la cartera, en un bolsillo, o...

Petra abrió la bocaza de hipopótamo y me dijo dónde y cómo. Fui a vomitar lo que no había comido y volví a mi casa caminando para tomar aire y ver si podía olvidar detalles de la aventura en que me metí por lástima de Carina. Ahora sufría por un nene muerto porque no pudo defenderse. Pero me consolé porque Nené dijo que a los tres meses y monedas no era nada ni nadie.

Calor de hogar

Tía Nené dijo que extrañaba el calor de hogar de su casita donde vivía con la anciana madre, también madre de mi mamá y de tía Ingrazia y abuela de todas nosotras y que en ese sagrado lugar era feliz porque adoraba a la madre y cuando conseguían dinero de su hermano —aquí no enumeraré los parentescos— compraban masitas y dulces y vino tinto y blanco y las dos banqueteaban conversando de los viejos tiempos y que ella no sabría qué hacer si le faltara la madre.

Yo le dije que abuela era tan vieja que iba a morirse el día menos pensado y ella me dio una cachetada. Entonces al oído le espeté que ella había organizado el crimen del bebé de Carina y que los ángeles guardianes de los niños la castigarían. La desdichada empezó a gritar para que mi mamá supiera que yo le había faltado el respeto y mi mamá me quitó el postre de la cena, el que me gustaba, duraznos en almíbar. Nené se fue.

En casa teníamos teléfono que sonó más o menos una hora después de la partida de Nené que avisaba llorando que la abuela estaba dura en la cama, es decir muerta.

Fuimos todos, hasta Betina en la silla de ruedas. Encontramos a tía Nené sentada en el sofá de la sala con la abuela sobre la falda sollozando que mamá es mía... mamá es mía... mamá es mía...

Vinieron los dos hijos de abuela, hermanos de Nené y de mamá, también de Ingrazia y Danielito que ya saben quién es, y entre todos no podían arrancarle a la abuela de los brazos de tía Nené.

Uno tiraba para el norte, otro para el sur, otra para el este y otra para el oeste. Yo grité que la iban a romper igual que a mi muñeca Nené que me regaló don Sancho el esposo de Nené y aflojaron los tirones y los amarres filiales y como la abuela estaba dura rigurosamente durísima la pusieron en la cama y trabajosamente le cerraron los ojos porque los párpados parecían hojas secas y resultó bastante ingrato mirar que ella ya no nos mirara, pero los finados no tienen que mirar y opinaron que llamarían a la funeraria para ponerla en el ataúd lo que hizo aullar a tía Nené mamá es mía y no la voy a dejar encerrar ni enterrar...

Entonces llamaron a una enfermera que le aplicó un calmante y la tía se durmió en el sofá con la boca abierta de la cual se le resbalaron dos dientes postizos que yo levanté del piso y tiré al inodoro.

Así vengaba las lagrimitas de Carina. Yo me divertía viendo cuando vino la pompa fúnebre y puso a la abuela en el ataúd. Ya la habían vestido de sudario y parecía una señorita viejísima. Asistieron vecinos y algunos parientes que yo no conocía.

A Betina la escondieron en el desván de las cosas inútiles para evitar papelones

de cuetes de po y de pis.

La casita estaba repleta y servían café en tacitas a los concurrentes. En los velatorios pocos son los que tristemente observan al difunto porque hablan y se ríen, tragan café y si hay algo masticable no le hacen asco.

En eso se despertó tía Nené y aullando como loba gritó lo que siempre gritaba apartando groseramente a los parientes y amigos que se acercaban a la abuela finiquitada, con es mía, es mía...

Y decía que se la dieran para llevarla al dormitorio porque era hora de su té. Cuando la tocó, gritó por qué la habían dejado desabrigada y fría, tan fría. Después gritó que le faltaban los dientes. Dejó de llorar por abuela y lloró por los dientes que tenían ganchillos de oro.

Fue a la cocina y trajo un calderillo con carbón para calentar a su madre, a la abuela, y lo colocó bajo el féretro porque nadie se animó a evitar tal actitud que empeoraría la tragicomedia. Cuando pienso pronuncio vocablos finos y cultos que se me niegan en la palabra hablada.

Faltaban algunas horas para trasladar a la difunta al cementerio y enterrarla pero el calorcito del calderillo la iba inflando despacito y ya no estaba flaquita, estaba bastante repuesta y sonrosada aunque despedía olor desagradable. Un señor de la funeraria dijo que sacaran el calderillo porque el calor apresuraba la putrefacción y tía Nené le pegó una trompada al señor que rápidamente desapareció del escenario mientras las moscas aparecían cantando en dirección a la durmiente y tía Nené las espantaba con un abanico español que le había regalado don Sancho que fue el único pariente ausente. No sé si sería o no sería pariente. No vino. Mejor.

Ya el olor espesábase y muchos daban pésame y desaparecían mientras tía Nené peleaba a abanicazo limpio con las moscas trajeadas de azul verdoso y canciones angurrientas.

Los ojazos negros de vaca de tía Nené miraban a los pocos asistentes y la abuela engordaba. Tía Nené dijo ¿ven que repuesta está? La enfermera le aplicó un calmante y tía Nené volvió a caer en soponcio que aprovecharon los funebreros para poner la tapa al ataúd de la abuela y echar matamoscas para mejorar el ambiente.

Tía Nené despabilada quería ver a su madre pero ya la habían tapado y entonces se tiró al piso y golpeándose la cabeza contra las tablas insistía. Un sacerdote pidió que por ser hija tan fiel merecía el favor. Corrieron apenitas la tapa y tía Nené gritaba que la habían cambiado, que esa no era la cara de su querida mamá sino la cara de un sapo. La enfermera volvió a dormirla.

Cuando llegó la hora de trasladar al sapo-abuela al cementerio, tía Nené fue al fondo de la casita y dijo: mamá, ya se llevan al sapo, ya podés salir.

Alegría del hogar

Tía Nené quedaría sola en la casita pero decía que estaba preparando la cena para ella y la madre, y todos percatados de que se le había aflojado un tornillo, aconsejaron que alguien se quedara con ella hasta que seguro se recuperara porque una mujer sana como Nené puede recuperarse de un trastorno psíquico causado por un dolor inmenso como es la muerte de la madre. En eso apareció el profesor disculpándose por no acompañar a tiempo nuestro duelo. Dijo que aunque no gozaba de vínculo sanguíneo, se ofrecía para cuidar a la doliente y hacerle la comida y que sugería que alguna persona también lo acompañara porque en las malas se ven los amigos.

Danielito ofreció pagarle a la enfermera que aceptó y yo me ofrecí para acompañar a todos.

Mientras tía Nené iba de la cocina al comedor poniendo la mesa y en la cocina hirviendo papas, batatas y huevos, también otras verduras y un chiquitín de carne que había sobrado del puchero anterior, yo apoyé dos cartones—siempre viajaba con cartones— y como me vino la inspiración, pinté a brochazos apresurados motivos atinentes a cuanto ocurrió esa semana trágica, abundante y goyesca. Ya dije que por dentro de mi psiquis sabía detalles y formas, que era muy distinta a la boba de afuera que hablaba sin punto ni coma porque si ponía punto o coma perdía la palabra hablada. A veces ponía punto o coma para respirar pero me convenía comunicarme de viva voz rápidamente para que me entendieran y evitar lagunas silenciosas que descubrían mi incapacidad de comunicación verbal porque al escucharme a mí misma me confundían los ruidos de adentro de la cabeza y el sibilante fluir de la palabra y quedaba boquiabierta pensando que existían palabras gordas y palabras flacas, palabras negras y blancas, palabras locas y criteriosas, palabras que dormían en los diccionarios y que nadie usaba. Aquí por ejemplo usé comas. Y puntos. Pero ahora debo salir al patio a respirar y monologar interiormente en el patio en cuyos canteros laterales crecen esas plantas que abundan en flores rojas, muchas, muchas, muchas y se llaman alegría del hogar y que una tarde quise cortar un ramito para ponerlo en el florero del comedor de la casa de abuela que ahora era de tía Nené y ellas me dijeron que esas flores no les gustaban por silvestres y no eran para interior y tía Nené las arrojó al cantero con agua y todo dejando el florero vacío en la mesa.

Y como tenía ganas de alegrar la mesa negra y ovalada del comedor sin mantel, llené el florero con agua de la bomba y corté unas cuantas alegrías del hogar y me di el gusto.

El profesor ayudaba a tía Nené a pelar papas y batatas y lavar otras verduras y fue a comprar un hueso de caracú para dar sabor a esa comida. Yo no tenía hambre.

Nos sentamos a la mesa el profesor, la enfermera, yo, y tía Nené iba y venía con

las vituallas. Noté que puso un plato para abuela pero abuela no estaba.

Preguntó mamá querés un poquito más y contestó ella misma ahí no más, bueno querida, y me asusté porque la voz era la de abuela aunque abuela ya estaba enterrada y habría explotado a causa del recalentamiento del calentador que tía Nené colocó debajo del ataúd que la infló como un globo.

El profesor y la enfermera se miraron moviendo las cabezas con pena de preocupación y suspirando porque a la tía se le pasara la locura o la capacidad de ver aquello que nosotros no veíamos ya que dicen que hay personas que ven a los difuntos y son espiritistas.

La enfermera cada vez que Nené iba a buscar algo a la cocina pasaba a su plato una papa, batata, huevo duro y el plato de abuela iba vaciándose igual que si un comensal alimentándose comiera con apetito lo que hizo exclamar a Nené que era la primera vez que mamita comía sola y sin darle trabajo a ella. Y dijo que la notaba más gordita y rosadita y que una sonrisa pintada y casi abierta en la carucha le devolvía algo de la juventud perdida por llevar una vida tan ajetreada y cuidar hijos siendo viuda y ver el fracaso de su matrimonio con aquel gallego Sancho que me regaló la muñeca que mamá rompió porque ella le dijo que la rompiera porque le parecía que el gallego me miraba las tetitas y yo estaba desarrollada.

Sentía tanta ira que estuve a un segundo de informarle que la silla de la abuela estaba vacía y la abuela putrefacta bajo la tierra y que los gusanos banquetearían con su persona igual a los gusanos del cuento donde chupaban la carota del señor Valdemar, pero callé para más adelante.

Dirigiéndome al profesor le recordé el cuento y el profesor se puso colorado como un tomate indicándome con el dedo en la boca que me callara y agregó que no recordaba el cuento y que si lo recordara no vendría al caso pero la circunstancia del aniquilamiento de Nené de porcelana y la calumnia de que don Sancho tuviera malas intenciones conmigo me ubicó de punta contra la tía Nené y así también peor contra mi mamá que le creyó y me rompió el corazón junto a la cabecita de porcelana de Nené-Muñeca.

Noté que tía Nené tomó sola una botella de vino blanco y después cantó con la guitarra y recuerdo bien lo que cantó:

Ya se murieron mis perros,
ya el rancho se quedó solo,
ahora me muero yo
para que se acabe todo.

La enfermera secó una lágrima con la servilleta y después levantó la mesa y fue a lavar la vajilla y en eso se acordó de que en el desván estaba Betina. Subió con un plato relleno de sobras y un pan, después bajó a la minusválida quien preguntó qué había pasado. Carina le dijo que la abuela estaba en el cementerio y tía Nené dijo que había ido a llevarle flores a no sé quién.

El profesor dijo que era hora de irse y me alcanzó mi tapado y los cartones. A esta altura de los acontecimientos estábamos además del profesor y yo, Betina en la silla de ruedas y alguien más que se me escapa, y la enfermera que se quedaría con tía Nené. Tía Nené dijo que la abuela ya estaba acostada y calentita y que ella la imitaría.

Salimos a la calle los que ya nombré, venía mamá y tía Ingrazia diciéndose que tal vez ellas deberían quedarse a acompañar a Nené indudablemente deschavetada y después diciéndose que con darle una propina a la enfermera estarían cumplidas y que bastantes bodrios llevaban a cuestas para cargar otro y gordo que yo intuí se trataba de tía Nené.

Tengo ganas de respirar y hago paréntesis puntual pero me apresuro para informar que tras de la caravana doliente venía Petra empujando la silla de Betina que dormía con la cabeza entre los dos senos grandotes y no chiquititos como los míos, roncando. No sé si me olvido de alguien. Tomamos un coche encapotado tirado por un caballo alazán que parecía de oro y sentí que ni bien llegara a casa para quitarme tantos malos gustos pintaría el animalito de oro y lo titularía *Pegaso*, aunque Pegaso batía dos alas en el liso lomo.

Llegamos y nos quedamos levantados Danielito, Petra y Betina que pidió más comida y le trajeron arrollado y sopa, Carina que no fue al entierro tenía algo de fiebre y el profesor que no dormía en casa pero se quedó para acompañar el duelo.

Debo aclarar que estábamos en casa de tía Ingrazia y que me llamó la atención el decaimiento de Carina la fiebre se le notaba y achuchada pidió disculpas y fue a acostarse.

Mamá me llamó la atención sobre la hora y que por qué no nos íbamos a casa y el profesor también opinó que no era hora para estar en pie y cuando fue a tomar el sombrero que dejó en una silla mamá lo detuvo con no lo digo por usted, profesor. Betina abrió grandes los ojos y dijo que no quería irse, Petra dijo que ella dormiría en la cocina al rescoldo del fogón en el asiento reposera que usaba Carina hasta hacía poco tiempo. Mamá, yo y el profesor volvimos a casa en el coche que esperaba en la calle.

El profesor mostró preocupación por la ausencia de mi hermana que quedaba en la silla ortopédica en casa de tía Ingrazia según mamá preocupada por la fiebre de Carina y que a ella le sobraban motivos para asegurar que esa criatura deforme por fuera atesoraba dentro del pecho un corazón bondadoso y que si los bracitos de ella no fueran tan cortitos pintaría mejor que yo que borroneaba mamarrachos en cartones que nadie entendía el significado. Pero agregó irónica que Dios les da pan a los que no tienen dientes, esto lo expresó mirándome con desaprobación.

El profesor apoyó un cartón en la pared y me indicó que pintara algo dorado como el sol porque tanta bruma y pena nos quebraba el alma y yo sentí que el profesor hacía referencia a la sábana interior que para quebrarse estaría almidonada o no sé, no sé cómo pueda quebrarse algo que aviva la parte somática y esta palabra la

copié del diccionario.

Pegaso quedó divino trotando sobre un río dorado en cuyas orillas amarillaban girasoles de Holanda y unos pájaros negros trizaban el dorado entorno porque nunca falta lo feo en ningún paisaje por dorado que sea.

El profesor se fue bajo la llovizna de otoño. Yo me adormecí en el sofá como esperando algo que no sabía qué era pero que sucedería y sonó el teléfono con la voz de Petra avisando que Carina había vomitado y volaba de fiebre y que tía Ingrazia esperaba que amaneciera para llamar un médico.

Miré a Pegaso y noté sobre su grupa hermosa cabalgando a Carina y suspiré la pregunta adonde iban y me contestaron que iban al país de la luna lunera cascabelera y supe que ya no haría falta llamar a un médico para Carina que iba en busca del bebé perdido. Dormí tranquila hasta el día siguiente cuando anoticiaron la repentina muerte de Carina que yo ya sabía y me alegré porque en cualquier lugar se estaría mejor que en este mundo desgraciado.

Otro duelo familiar. Cuando tía Nené supo que Carina ya no pertenecía a este oscuro universo sintió que la avasallaba un recuerdo espantoso de un viaje a un barrio sucio de una visita a una pocilga horrenda de una operación llamada aborto y asoció. Pero calló su bocaza sin prótesis que yo arrojé al inodoro y tuvo miedo de que yo dijera algo que podía comprometerla y acercándose a mí en el velatorio espetó que yo también tenía participación en el tema y yo no ajuntaba los fundamentos del caso y huí de ella como se huye de un bicho venenoso que puede ser un alacrán.

El problema de este sucedido borró de la cabeza de tía Nené el reciente funeral materno y durante la ceremonia mantuvo ojos de vaca mirándome. Le saqué la lengua.

Cuando levantaron el cajoncito de reposo final de Carina noté que no pesaba casi nada y me dije para mis adentros que ella ya había volado junto al caballito al sitio donde van los nenes sin bautizar y que se llama limbo que me enseñó el padre catequista cuando tomé la primera comunión y recé un padrenuestro agregando palabras dirigidas a los ángeles explicándoles que dejaran subir a un purgatorio no muy ardiente a Carina y a su hijito que no fue bautizado porque lo mataron antes de nacer. En cuanto a Carina pedí a la Virgen de Luján que la perdonara aunque yo no sabía de qué ni por qué no entendía cómo pudo entrarle el bebé en la barriga ni qué papel jugó el hombre del fondo con ella en la cocina y le dije a la virgen que era una pesadilla y que ella que fue madre bien conocía que bastaba un rayito de luz traído por una paloma espíritu santo para embarazar a una señorita desarrollada y que si no estuviera desarrollada nada hubiera pasado y Carina estaría junto a nosotros tan buenita y calladita era.

La pusimos en la tumba cerca de la tumba de abuela que tía Nené no vio o disimuló no verla y así comencé a dudar de ella y de todos menos de mi hermanita Betina profundamente minusválida.

Cuando las flores se enojan movilizan los pistilos y arrugan los pétalos que parecen animalitos venenosos y resbalosos cambian de apariencia y no son totalmente vegetales ni animales son duendes o ninfas del mal y no porque lo deseen sino porque les producen asco y rabia ciertos procederes humanos que ya bastante las hacen sufrir cuando las arrancan y llevan a la florería sin percatarse de que de sus pólenes cuando sopla el viento y los pólenes caen en tierra fértil nacerán plantitas como las plantitas que a ellas les dieron gracia y color. En cambio cuando las arrancan muchas veces ni el agua de los floreros les cambian y ellas se avergüenzan del mal olor que despiden especialmente en los velatorios y que junto al del difunto resultan un insulto a la belleza y a la creación.

Las flores de los canteros de la casa ahora de tía Nené y antes de abuela ahora ya no porque estaba muerta odiaban a tía Nené porque habían oído que ella las menospreciaba y no quería sus especímenes en la mesa porque eran yuyos silvestres y gritaba quiten esa ordinariez de ahí y cuando el tío Sancho que no consumó con ella el matrimonio pero era el marido le traía rosas rojas y blancas sí que le agradaba y aprovecho para confesar que no sé qué significa aquello de que no consumó el matrimonio y voy a preguntárselo a Petra que sabía muchísimo de estos intríngulis palabra que no sé a quién oí decir pero es linda y la uso.

Volvimos a casa de tía Ingrazia para empezar el duelo.

Yo llevé mis cartones y tía Nené me tildó de mamarrachera y cartonera y el profesor que también estaba me defendió y le enrostró que mis cartones y telas ya eran comentados en revistas de arte y que pronto en Buenos Aires la exposición no sólo de cartones sino también de telas se abriría a un público selecto y que ella con la edad que tendría nunca puso pintura en sitio importante y que las que él conoció en casa de abuela no valían ni medio patacón.

Ay mamá... ay mamá... ay mamá, chillaba la mona de ojos de vaca.

Tía Ingrazia ahora lloraba sobre la solapa de Danielito su primo y marido la muerte de Carina y al pasar la muerte de la madre y tía de Danielito, es decir mi abuela.

Yo envidiaba la paz que gozaría Carina y en un cartón pinté difusamente una piedad rememorando con dificultad la de Miguel Ángel que el profesor en clase de Bellas Artes mostró y analizó tan delicadamente que tuve que pedir permiso y salir porque el pecho me ronroneaba como gato mimoso a causa de la emoción y estuve afuera hasta que se me acomodó el pecho porque no sé si dije ya que el consuelo de las lágrimas me fue negado y llevaba en el pecho un lago líquido al que el médico diagnosticó resfrío crónico y cuando se lo conté a mamá calificó el diagnóstico de estupidez y que yo decía pavadas para hacerme ver por ser engrupida. Y me chocó la palabra tan dura que machucó mi sensibilidad como si me agredieran con un piedrazo de adoquín arrojado mediante una catapulta y son palabras que saco del diccionario pero después me siento muy fatigada y con cefalea, palabra que también busqué en el

diccionario basándome en averiguar dolor de cabeza.

El profesor y Danielito fueron a servir el café del duelo con galletitas dulces y un vasito de oporto.

Yo quería regresar a casa y el profesor fue en busca del coche de siempre y mamá opinó que nos merecíamos un sueño reparador y así volvimos menos Petra que decidió, en cierto modo, ocupar el lugar dejado por Carina en la triste casa de tía Ingrazia y Danielito.

Yo le hice notar que era su obligación dado que ella era tan hija de la pareja como Carina y que yo tenía todavía una hermana, Betina, y ella dijo que yo tenía la mitad de una hermana y el ambiente caldeado a causa de la reyerta de tía Nené con el profesor requería enfriarse y aunque mamá pronunció más palabras de pésame, salimos todos con la cola entre las piernas menos Betina que arrastraba la suya de ánima cada vez más alongada, palabra que saqué del diccionario y mi vocabulario día a día enriqueciéndose nunca podría ser lucido porque la palabra hablada se imbecilizaba al ser expelida por mi boca.

Para esto tía Nené se fue caminando y aunque miró varias veces al coche no la invitamos. Algo susurró con su bocaza desdentada repito porque la prótesis la tiré al inodoro en circunstancias que no repetiré para no cansar a quienes tengan ocasión de leerme y digo repitiendo a quienes tengan ocasión de leerme y paciencia al mismo tiempo porque yo misma me oigo y si la palabra escrita es tan fatigantemente bobalicona como la hablada por mí hacia adentro, quien termine esta melopea absurda me maldecirá por el tiempo que le hice perder sin poder negar que no pudo dejarme a un lado porque encontró entre mis estúpidas amarguras de amor y muerte muchas de las vividas por sí mismo o misma si se trata de una dama.

Y tía Nené cuando llegó a la casa de la madre o de la difunta ahora suya, llamó por teléfono y mamá expresó que esa llamada no le olía bien aunque yo no olí ningún olor a cuete de Betina que no estaba presente así que no sabré nunca qué olfateó mamá cuando dijo lo que dijo pero lo deduje a la mañana siguiente cuando el lechero vino maldiciendo arrauias... pobre señora... y la pobre señora era tía Nené que había resbalado en el patio de la difunta ahora de ella, desnucándose y lo gracioso del caso y acá me río aunque sea pecado por lo absurdo (palabra del diccionario), y lo absurdo resulta del resbalón de tía Nené sobre una flor que el viento arrastró hasta el patio embaldosado y cuyo nombre es alegría del hogar.

Segunda parte

El vecino

Petra se había quedado en la cocina de la casa de tía Ingrazia. Cuando le pregunté por qué me guiñó un ojo y supuse que algo tramaba. Pongo punto y la cabeza empieza a runrunearme así que saldré un rato afuera para serenarme y enseguida vuelvo.

Vuelvo y recuerdo al lector que Petra es o era hermana de Carina y que Carina dejó que el vecino le introdujera un bebé en la barriga pero esto no lo tengo claro aunque sí que ocurrió en la cocina y el guiño de Petra se me adj untó a la decisión de ocupar el lugar y dejar prendida la lamparita para que el vecino viéndola supiera que podía saltar obstáculos y vérselas con Carina que se ponía colorada como un tomate y susurraba me da cada beso...

Y es mejor que ya les diga que a las cuatro de la mañana saltó la cerca de cicuta Petra y me hizo seña de silenciarme con el dedo sobre los labios y nos encerramos en mi dormitorio que se lo ofrecí para apalear (palabra del diccionario) cualquier inconveniente y eso sí ella debería contarme lo del bebé, ustedes ya saben de qué se trata. Descansaré por el punto.

Y me dijo que la pobre Carina sufrió mucho porque el vecino viejo y casado le arruinó la cotorra y la hizo sangrar igual que cuando le vino y después ya no le vino y supo lo del embarazo cuando tía Nené que ahora estará rindiendo cuentas al altísimo resolvió que fuéramos a vaciar la barriga del bebé por el honor de la familia, y lo demás no lo repetiré pero creo que a tía Nené el altísimo la tirará al abismo del bajísimo porque así nunca debe precederse menos con alguien chiquitito que es indefenso y me aseguró que ella vengaría a Carina y al bebé y le pregunté de qué manera y aclaró que el vecino vio la lamparita y de un salto estuvo en la cocina y que ella le dijo que se especializaba en sesoral y ahí comenzó aunque vomitó luego y él le prometió un anillo si seguía con el sesoral y ella aceptó. Busqué denodadamente el significado de sesoral en el diccionario y por primera vez me falló la investigación, no me quedaba más recurso que recurrir a preguntar persona a persona a Petra qué era sesoral.

Pero ya puse coma y punto y ya la cabeza me hace burunbunbún y voy a tomar aire afuera y enseguida vuelvo antes que aparezca Petra cuyas facciones han cambiado a causa de la iracundia que sufre por la injusticia que le hicieron a Carina y peor al bebé aunque no comprendí cómo entró en la barriga de mi prima la criatura y le dije que sí que entendía a Petra y ella seguidamente aseguró que arreglaría el batifondo de tanta injusticia con el famoso sesoral de mis angustias y del olvido de los señores que hacen los diccionarios o será algún vocablo nuevo porque ahora existen muchos vocablos nuevos.

Vuelvo a mis cartones y pinto mis sentires dudas y singulares formulaciones acerca de la vida, el devenir y la muerte y llego a conclusiones nefastas porque si era lógica la muerte de tía Nené no lo fue la del bebé de Carina ni la de Carina que no hizo nada malo y si no miren cuántas estampitas de la virgen pululan en las iglesias y las casas donde la hermosa señora siempre acuna amorosamente al niñito y ahí no hay nada repulsivo y si alguien mató al niñito fue cuando cumplió treinta y tres años y la religión cuenta que también esa muerte fue injusta pero ese joven va a resucitar como no lo hará el bebé de Carina a quien yo habría deseado acunar.

Qué fatigada estoy por puntuaciones y comas imprescindibles para respirar que de otra manera me ahogaría y no quiero desaparecer hasta no presentar un número importante de pinturas en el salón de Bellas Artes, dijo el profesor que sería una exposición unipersonal es decir de una sola persona que sería quien escribe estos documentos vitales que alguien leerá y se admirará no por lo escrito que carece de estilo literario sino por lo pintado que auguran y que será rimbombante en diarios y revistas y estoy orgullosa de mi obra y de que el profesor me llame niña de la corbata por mi parecido con la señorita melancólica de Modigliani. Todo cuanto ha ocurrido va en mis cartones y es la historia de una familia extraña y a veces pienso que todas las familias algo de extraño tendrán y lo disimulan, por ejemplo Amalia es una compañera de Bellas Artes y me contó que para salvar a su familia del hambre y para darse ella el lujo de estudiar debió acostarse con un hombre platudo que cada vez que se acostaba él le daba plata y ella se la daba a la madre y también alcanzaba para estudiar y que la primera vez el hombre se dio cuenta que era casta y le preguntó por qué lo había engañado diciéndole que no lo era y ella ya desnuda en la cama le dijo porque tenía hambre y quería estudiar y que el hombre no le hizo nada y la mandó a que se vistiera y después le dio un trabajo fijo y nunca lo volvió a ver y que recién de muchos años llegó a la conclusión de que ese señor fue el más bueno que conoció porque después se acostó con otros y yo no veía nada malo en eso hasta que me lo relató con lujo de detalles y yo nunca más me junté con esa chica.

Mamá como siempre dictaba sus clases pero hubo una novedad que me tomó de sorpresa cuando el profesor le propuso a mamá que le diera pensión en nuestra casa así ayudaría también con el cuidado de Betina y de Yuna que soy yo por si lo han olvidado y que ella podía estar tranquila puesto que él era solterón de cuarenta años y de conducta irreprochable y que también podía ayudar en la cocina a Rufina y como Petra que siempre sabía todo se enteró opinó qué bueno fuera que el profesor estuviera enamorado de mi mamá lo cual no me hizo ninguna gracia no porque sintiera algo sentimental por el profesor sino porque mi papá aunque nos olvidó vivía en algún lugar y mamá era maestra y tenía que ser un ejemplo para los niños y no dar que hablar a las malas lenguas y yo le pregunté al profesor eso y él riéndose dijo que nunca pensó en tal cosa disparatada dado que mamá era una dama decente y casada. Y me quedé tranquila.

Descanso.

He dedicado poco espacio a la misa y demás ceremonias por la desaparición de tía Nené. No sentí nada.

Descanso.

Evitaré puntos o no terminaré nunca esta melopea.

El profesor se mudó al altillo y subía por la escalerilla de madera crujiente por la antigüedad y las humedades y fue subiendo ayudado por los de la mudanza la camita el ropero una mesita y muchos bultos y muchos libros y a mí no me gustaba tenerlo tan cerca porque ya no significaba una novedad ir a Bellas Artes aunque iba j unto con él y los demás pensaban que sería mi papá o un novio viejo los estúpidos no concebían la amistad por la amistad misma que otra cosa no acontecía entre el profesor y yo y juro que es la pura verdad por el alma de Carina lo juro juntando los dedos y que el Señor me castigue si miento.

Ay... ay... ay..., respiro largamente y anuncio mi exposición de treinta cartones y diez telas y aseguro que me aterrorizó la luz de las cámaras fotográficas y el interés del profesor al leer los diarios del día siguiente donde decían que yo valía en oro lo que pesaba pero mi flacura apenas denunciaba cuarenta kilos así lo dije y todos opinaron que además de exquisita pintora era ocurrente y muy sociable.

Después del acontecimiento mi vida cambió porque empezaron a solicitarme ilustraciones para libros y revistas y además solicitaban mi presencia en la TV y por las radios para preguntarme no sé qué porque nunca fui porque me daba miedo y soy muy tímida según dijo el profesor pero que los pintores muy talentosos son raros y que no me afligiera y siguiera con lo mío que él era mi representante y se entendería con la prensa de TV y escrita.

Así las cosas me entraron unas inspiraciones enormes y soñaba los hechos vividos transformándolos en figuras cada vez más coloreadas y preciosas que adentro de mi imaginación se movían y conversaban conmigo obligándome a que las sacara de adentro y las volcara en los cartones y en las telas y yo era algo así un ser extraño y dependiente de los mandados que aquellas formas o figuras indicaban tiránicamente y que si no les respondía mordían con dientes de vidrio mi cerebro y mi corazón cuando la vivencia significaba algo y obligaba ser vertida en una tela o en un cartón. Yo me siento mal si no cumplo con esas voces susurrantes que molestan y me felicito a mí misma cuando terminada la pintura unas manos invisibles aplauden tenuemente con golpeteo de alas de mariposas y unos gorjeos de inefables pájaros pequeñitos como picaflores cantan loas y entonces comprendo que la obra ya va para un concurso, para una exposición.

Me sorprendía que nadie en mi casa se diera cuenta de las novedades que procuraban mis actividades y del dinero que yo aportaba y que no era poco porque pudo agregarse a la casa una terraza y otra habitación y adquirir muebles nuevos.

Yo vestía con elegancia, mi femineidad dictaba cuáles eran los modelos de trajes,

vestidos, zapatos, etc. que me convenían y leía vidas de pintores que sin habérmelo propuesto me asemejaba a ellos y esto me hacía feliz porque me aseguraba que la pintura era vocacional y no sólo un capricho de engrupida tal dicho de mi mamá hacía tiempo que ahora no repetía pero yo nunca le perdoné. Llegué a la conclusión de que ganaba más que ella maestrita rasa y hasta ahí no más. Descanso y saldré a respirar el aire de la aurora boreal.

El enigma del sesoral

El profesor es mi apoderado.

Petra, que es mal pensada, me dijo que tuviera cuidado con los apoderados que se avivan con los dineros y bonos, etc. de los que confían en ellos y que lamentaba no ser mayor de edad para ser ella mi apoderada porque ella sí tenía las manos limpias y eso llamó mi atención porque nunca noté que el profesor las tuviera sucias pero no dije nada acordándome de lo que aconsejaba la abuela ya difunta la madre de mi mamá de que en boca cerrada no entran moscas y aunque tampoco comprendo el dicho intuyo (palabra del diccionario) que concuerda con el parlamento de mi prima Petra.

Ah... los puntos... fatigan pero adentro de la cabeza ponen ideas tantas que se atropellan y luego ya no sé qué era lo que tenía interés de aclarar pero al ver a Petra me viene la idea y que resulta que debo preguntarle de sesoral que no encuentro en el diccionario.

Descanso. Ah...

Cuando la interpelé a Petra acerca del término ella largó una carcajada y me gritó imbécil con más de dieciocho años no sabes siquiera pronunciar y con pose de maestra de sexto pronunció sexo oral y yo boquiabierta igual quedé en ayunas y le rogué me aclarara el tema porque sentía que debía ser eso que todas las chicas, según Petra, practican y se sentó en una silla y me dijo hacé de cuenta que soy un hombre, para el caso el quintero de marras que embarazó a Carina y sentada se abrió de piernas y me dijo que imaginara que ella siendo hombre tendría en lugar de cotorra un pene y que pene significaba el pito de los varones por donde mean y no la cotorra por donde lo hacemos nosotras las mujeres y que para no embarazarse no hay que dejar meterse el pene en la cotorra porque el semen que expele el pito es lo que contamina y después viene lo peor el embarazo y que ella le propuso al hombre de la quinta sexo oral y él encantado aceptó. Qué fatigada estoy...

Siguió explicando siempre sentada con las piernas abiertas y contó que sexo oral significa que el hombre le ponga el pito en la boca a la mujer y que ella chupe como si chupara cualquier fruta o caramelo y de pronto salía el semen y que por esa vía no embarazaba y yo vomité ahí nomás y ella enfurecida y con razón juró que nunca me explicaría cosas íntimas aunque me convendría saberlas para que no me ocurriera lo mismo que a la inocente Carina y a su bebé y que cualquier hombre con tal de no comprometerse acepta el sexo oral y que a ella le parecía que son tan puercos que les gusta más así que de manera normal, también que los casados solicitan esa manera porque los hijos los tienen con las esposas casadas con ellos por civil y por iglesia y que ella que era menor que yo dos años ganaba plata con esa práctica y nadie lo sabía

y confiaba en que yo no contaría porque me abrió los ojos para que nadie me pusiera el pene en la cotorra y después me muriera de infección como Carina y el bebé y yo le pedí disculpas por haber vomitado y le agradecí la clase sobre sexo oral, muy útil pero que nunca practicaría por mi estómago delicado y por mi hígado que padeció hepatitis y otras faltas de inmunidades (palabra del diccionario) que me llevarían al hospital.

Y que en el hospital me moriría de vergüenza relatando a los doctores el origen de mis descomposturas. Nunca haría esas cosas total yo ganaba bien con las pinturas y las ilustraciones que me solicitaban de diarios y revistas y aunque así no fuera preferiría trabajar por horas como la mamá de Filomena y Filomena también que eran vecinas pobres pero decentes y Petra me tiró de los cabellos cuando dije que las dos Filomenas eran decentes porque se dio cuenta de lo que pensaba de ella y volví a pedirle disculpas por favor y ella me perdonó.

La decisión de Petra

Petra hija de tía Ingrazia y hermana de Carina, aunque Carina estaba difunta igual lo era, resolvió dormir en la cocina y dijo a tía Ingrazia que ahí no sentía frío porque el fogón permanecía encendido durante la noche y tía Ingrazia le permitió, ahora le permitía todo porque era la única hijita que le quedaba aunque su marido el primo Danielito dormía con ella en la pieza grande y en la cama de matrimonio cuidados por un cuadro del Corazón de Jesús, que los miraba desde la pared y que tía Ingrazia tapaba con un mantel cada vez que ellos actuaban como pareja enamorada. Ya no diré que me cansan los puntos y comas porque voy a quedar ridicula y van a dejar de leerme aquellos buenos lectores que simpaticen conmigo.

No recuerdo si escribí que Petra era liliputiense por su estatura así dijeron los doctores cuando nació cabía en la palma de una mano y así entró a la iglesia la madrina llevándola como si la ofreciera y esto lo han contado todos los miembros de la familia y además que creían que no sobreviviría pero se equivocaron porque ya tenía sus añitos y de la vida sabía más que yo que voy a cumplir diecinueve.

Me llegaba a la cintura porque yo soy alta de un metro setenta y delgada y ella es gorda su cara parece una manzana deliciosa. Me aseguró que el quintero vecino al principio venía a la noche saltando la parecita una vez a la semana pero que ella con la jugarreta del sexo oral lo entusiasmó de tal manera que ahora venía día por medio o mejor dicho noche por medio y a veces venía siempre y cada vez más temprano y que ella le había propuesto para evitar cualquier sospecha del vecindario porque en el almacén le preguntaron quién saltaba el cerco y ella no supo qué contestar y le propuso repito variar las visitas es decir una vez él vendría y otra vez sería ella que también sabía no saltar pero sí trepar y se verían en el galpón donde él guardaba las papas y demás verduras y hortalizas también fruta y flores y él aceptó pero sugiriendo que por una semana más seguirían como de costumbre y a ella le pareció bien.

No sé por qué una sombra de duda que después pinté en un cartón sesgó (palabra del diccionario) el ambiente y me llevó a preguntar a Petra qué llevaba in mente porque entre temas y temas ella que era tan parlanchina hacía paréntesis y se rió de tal manera que la manzanita deliciosa es decir su cara mofletuda pareció una bola de fuego endiablada y me asustó y ella se dio cuenta y me dijo que el vecino le dijo que si no fuera casado se casaría con ella y volví a asustarme porque pensé que matarían a la esposa del hombre y ella me leyó el pensamiento y expresó que sería posible pero no del todo para evitar inconvenientes con las autoridades y que algo haría.

Yo le aconsejé que no dañaran a una inocente y ella respondió que Carina fue una inocente y la tomé de un brazo y repetí no vayan a matar a la esposa que bastante castigo tiene con un marido tarado y ella gritó que le soltara el pequeño bracito que le

dolía mi apretón y que sacara en conclusión que careciendo de fuerza mal podía exterminar a la esposa italiana grandota como cuatro bolsas de papas encimadas una sobre otra.

Dejaré un rato a Petra con su odiosa pareja y veo al profesor subiendo la escalerilla del desván con unos libros. El profesor ayuda mucho en mi casa y mamá está más gorda y también Rufina y he notado que el profesor se desentiende de mí porque en realidad ya no lo necesito porque me basto sola de casa a Bellas Artes y a las clases que tomo particulares con una señora que fue pintora y cantante y que se llama doña Lola y es tan bien nacida que usa dos apellidos Juliánez Islas y es profesora de la escuela que está cerca de su casa y que se llama Miss Mary O'Graham donde concurren señoritas distinguidas como doña Lola y la directora me ofreció el salón de actos para exponer dado que el profesor también dicta dibujo en esa escuela y el profesor me aconsejó que no hablara durante el acto y que él me escribiría una página y yo la leería ensayando antes pero que bastaría con que vieran la calidad de mis pinturas para adorarme y unirme al grupo de señoritas pero que yo no debería aceptar porque era diferente y entonces la calidad de obra y expositora y de él como promotor podía rebajarse y yo le pregunté si mi persona sería un monstruo para aquellas señoras y señoritas y él me contestó que no era para tanto pero que había que guardar las formas.

Fui a elegirme un trajecito a Gath y Chaves de ojo de perdiz y cuellito de terciopelo, compré medias, zapatos con presilla y un portafolio en la casa que vende cueros, mejor objetos de cuero y allí portaría mis cartones menores porque las telas y los grandes los llevaría el profesor.

El entusiasmo y los signos que no nombro me han fatigado tanto que voy a descansar y después sigo.

Cuando se llevó a cabo la exposición

Cuando colgaron los cuadros en el salón enorme a los más importantes les pusieron una lucecita para que sobresalieran y vi que casi todos mis cuadros estaban iluminados y firmados Yuna Riglos pero lo de Riglos fue un invento del profesor porque el apellido de mi papá es López y cuando la señorita mayor leyó Riglos creo que se olvidó del motivo pintado y vino a preguntarme si era de los Riglos emparentados con los... no me acuerdo quiénes y yo le dije que me llamaba Yuna López y lo de Riglos corría por cuenta del profesor y la señorita exclamó ah... y se alejó como para observar otro cuadro y al ratito la vi salir y pensé que ya no volvería y cuando el profesor vino a decirme que cuando me preguntaran si me apellidaba Riglos lo afirmara pero ya era tarde porque la señorita que me preguntó ya sabía la mentira pero mis trabajos serían apreciados, pensé, aunque me apellidara López y no le dije nada al profesor pero bajó varios tramos en el afecto respetuoso que yo le profesaba.

La exposición duró una semana y me compraron diez cuadros pero noté frialdad hacia mi persona no sé si frialdad pero algo semejante que me dejaba entrever que nunca me integrarían en el grupo lo cual significó alivio porque yo necesitaba mis tiempos para estudiar y pintar que para otra cosa no servía ni para desatar un nudo o destapar una botella.

Por suerte los diarios se hicieron eco del acto y aunque no me di cuenta algún fotógrafo sacó mi foto que apareció en el diario junto a mi obra *Decepción.*

Decepción es un trazo largo color humo que cae en un lago lleno de plumas y pétalos de rosa y el fondo muestra una tonalidad rojo desvaído y en mi sentimiento significa un pasaje de *Hamlet*, el de Ofelia ahogándose en el lago.

Cuando describo mis obras hablo como una artista pero para mis adentros de otra manera desdoraría el significado de lo que quise dar a luz.

Después participé en otras exposiciones más importantes y adopté el seudónimo Riglos es decir Yuna Riglos y el profesor siempre me acompañaba y una vez me prometió viajar a Europa si las cosas venían bien aunque todavía espero ir a Europa pero sola porque he llegado a la conclusión de que es mejor entenderse con una misma pero nunca dejaré de reconocer cuánto le debo al profesor porque no soy ingrata que es lo peor que puede ser una persona además de egoísta y envidiosa y con personas así me he chocado a cada paso pero qué culpa tengo yo de ser tan brillante en el arte de la pintura y estoy segura de serlo porque un señor me calificó de la Pettoruti actual y visité exposiciones de ese pintor y quedé maravillada.

El profesor que es mi apoderado me dijo que si sigo vendiendo dentro de dos o tres años podré comprarme un departamento pequeño pero que no es bueno crecer en

dependencia de la familia o como él que a los cuarenta y tantos años carece de vivienda propia.

Compro libros de plásticos y me enamoro de Picasso y de los franceses puntillistas y he decidido que cuando pueda viajaré a París para visitar el Louvre. Por ahora, mis diecinueve años me detienen en la casa de mamá que pronto va a jubilarse del magisterio y a veces se queda sentada en el patio mirando caer la tarde y yo sé que recuerda a papá que nunca volvió y capaz que ha muerto o vaya una a saber qué...

Mis actividades consiguen que logre modular mis conversaciones con fluidez no del todo pero si sigo así y leyendo libros todas las noches dejaré de ser diferente aunque lo dudo y no me importa. Hay un muchacho que me mira y anda en bicicleta no muy bien vestido se nota que es pobre y que trabajará de albañil o de pocero digo esto por las manchas de su ropa y la tosquedad de sus manos... pero es tan buen mozo y cuando me mira los ojos le brillan y son de color miel y se parece a Gary Cooper en la película *A la hora señalada* y yo lo espero pasar rodando con la bicicleta y si voy a Bellas Artes trata de acercarse y me dice chiquita pero preciosa y esa noche pinto más de la cuenta sin cansarme porque tal vez estaré enamorada pero nunca lo diré y menos a Petra que me contó asquerosidades y va a reírse de mí o creerá que yo practico el acto sexual... nunca, jamás nadie sabrá lo del muchacho flaco de la bicicleta porque lo que puede ocurrir entre un hombre y una mujer es asqueroso y yo nunca podría soportarlo. De ahí que cambiaré de calle para evitar al flaco de la bicicleta porque recuerdo lo que decía mi abuela la madre de mi mamá que está muerta y decía el hombre es fuego la mujer estopa viene el diablo y sopla y de acuerdo a lo inflamable que es la estopa lo demás ya está dicho y sé que lloraré si puedo a la noche porque lo que digo cumplo y cumpliré no ver más al flaco de la bicicleta. Pero en una tela pintaré el fulgor de su mirada que es una belleza como nunca más veré... y bueno... así son las cosas y la fatiga por lo que ustedes saben me obliga a dejar la escritura pero después vuelvo.

Cuando Petra cumple su cometido

Tan ocupada estuve en los últimos tiempos que no paraba en casa sino apenas para comer o comía por ahí algo liviano y fui perdiendo de vista a Petra, a Betina, a la tía Ingrazia y Danielito, a Rufina, porque volaba como un pájaro para cumplir compromisos contraídos lástima que nunca pude dar charlas por mi dificultad en la palabra hablada y los claros desérticos que se me hacían dentro de la cabeza donde iban a parar motivaciones inspiradas en objetos y sujetos en sentimientos o alegoría que después vertía en mis obras ya que yo significaba un nexo (diccionario) entre algo y alguien, algo que obligaba y algo que brotaba como agua de fuente y ahí estaba la creación.

Un atardecer vino Petra a contarme que lo que había propuesto al vecino ya se llevaba a cabo, una noche saltaba él otra ella trepaba y siempre practicaban lo que ustedes saben y les pido disculpa pero yo escribo francamente.

Le pregunté a Petra si ella sentía amor por el vecino y ella me dijo que sentía amor por el recuerdo de Carina que fue su hermanita embarazada por ese oso vende papas y que él estaba muy seguro de que ella lo adoraba porque para practicar eso que ustedes saben es necesario amar profundamente de otra manera él dejaría de amarla a ella y pensaría que era una prostituta significa que el papero algunos ideales confesaba pero el hecho de haberse aprovechado de la angelical Carina tiraba todo al piso de tierra del sucio galpón que compartía de vez en cuando con Petra.

Y así pasaron seis meses más que sumados al año en que empezó la gimnasia de salto y trepada hacían un año y medio y un día siempre a la hora crepuscular vino Petra y la noté extraña pálida y no diré temerosa porque la enana liliputiense no temía a nada y para mí que si hubiera cometido un delito por ejemplo envenenar a la mujer del vecino papero le sería fácil escurrirse por cualquier hendedura como una cucaracha. Igual le manifesté que la notaba nerviosa y notaba que mantenía la manecita de mona tití en el bolsillo y como yo observé eso quitó la manecita de ahí y se arregló el flequillo que decoraba su frentecita pero no me convenció la simulación de tranquilidad exagerada por el apronte de sacar la mano de un lugar y llevarla a otro mirando a ver si convencía su actitud que no me convenció y volví a rogarle esta vez que no fuera a herir ni con el pensamiento a la papera que era tan inocente como Carina aunque vieja y ordinaria y me juró por la memoria de la finadita y del bebé que nunca ideó lastimar a la papera ni con el pensamiento y me tranquilizó.

Recién ahora sé que no soy tan intuitiva.

Desesperación de la mujer del vecino que sobresaltó al barrio

Esa noche me acosté a las doce y no podía dormir cuando oí los alaridos de la vecina la mujer del papero que esa noche le tocaba esperar a Petra para lo que ustedes saben y junto con los gritos de la mujer oí un golpe a la puerta de mi dormitorio y era Petra que en seguida pasó a mi bañito a bañarse y lavar ciertas prendas íntimas. Nadie oyó su desesperada visita diré y fui al baño y estaba dentro de la bañadera jabonándose y vi que el agua estaba rosadita como cuando se lavan los trozos de pata muslo gallináceos y Petra me dijo cerrá la puerta y vamos a dormir las dos juntas y mañana vos decís que pasé toda la noche durmiendo aquí y yo le aseguré que cumpliría pero que ella me asegurara que la sangre no era de la mujer del vecino y juró de nuevo que no.

Yo que había oído los gritos de la mujer supuse que ella no era la victimada (diccionario).

Ayudé a bañarse a Petra hasta borrar cualquier manchita de sangre también de su ropa que pusimos a secar cerca del horno y del fogón y cuando agarré la casaca cayó del bolsillo un cortaplumas que sumergí en la bañera y Petra me indicó que me pusiera los guantes de goma y volviera a lavar el cortaplumas que según me dijo era una navaja sevillana y le hice caso sequé la navaja y la envolví en un papel de diario.

Después Petra habló a tía Ingrazia madre de ella y le explicó que fuimos a caminar y como era tarde se quedaría a dormir en mi casa también para ayudarme a limpiar la habitación salpicada de pintura y a mí me rogó que si alguien preguntaba si ella había pasado la noche en mi casa dijera que sí y que repitiera todo cuanto ella dijera a su madre porque de otra forma se vería en problemas y nos fuimos a dormir que buena falta nos hacía.

Como yo no podía conciliar el sueño me levanté y fui a pintar dos cartones uno con la denominación de *Enana desnuda* y el otro con la denominación *Enana vestida* y en caso de que alguien dudara de su estada en mi casa el día y la noche anterior ahí estaba la prueba de que Petra no sólo ayudó sino también sirvió de modelo a su prima pintora, yo digna de respeto y conocida en el ambiente plástico. Ahora intuía horrores que a la mañana siguiente leería en el diario pero que por discreción no pregunté a mi prima y también por lástima y por el recuerdo vivo de la difunta Carina y su bebé.

Así las cosas Petra se levantó a cebar mate y admirada de sus retratos lanzó grititos de mónita del zoo y yo le dije que ella debía decir si la interrogaban que había posado casi durante toda la noche y ella me abrazó y exclamó sos una genia y seguimos tomando mate con factura hasta el mediodía en que abrimos el diario que yo había hojeado y le indiqué a Petra que leyera las noticias sin demostrar saber algo con

antelación (diccionario) y que no hiciéramos ya comentario alguno sobre el sangriento episodio y como vivíamos cerca salimos a ver cuando la ambulancia escandalosamente sacó dentro de una bolsa supusimos un cadáver aunque sabíamos de qué se trataba.

El diario traía una crónica espantosa y la foto del vecino tirado en el piso del galpón de las papas, las batatas, las hortalizas, flores y frutas en un charco grandote de sangre con las piernas abiertas y la boca llena con el pene y lo demás que Petra al oído me ilustró eran testículos a los que el vulgo llama bolas o pelotas pero que el nombre anatómico es testículos y el vecino con todo eso dentro de la boca y desgarrado en la entrepierna parecía un harapo de esos que se tiran porque ya no sirven y al lado estaba en la foto la esposa tirándose de los cabellos desesperada y no se oían gritos porque las fotografías no lo permiten pero bien que se adivinaba por la boca abierta de la pobre señora que estaba gritando tal como todo el barrio la oyera durante la noche y Petra me miró y dijo qué horror pobre señor tan bueno quién le habrá hecho este estropicio qué significa quién lo habrá estropeado y yo mirándola con ojos impávidos respondí vaya a saber y doblamos el diario para que lo leyeran mamá, el profesor y Rufina.

Acompañé a Petra a su casa para enseñar a tía Ingrazia madre de Petra los retratos y pedirle permiso para que Petra se quedara unos días en casa porque deseaba inspirarme en poses de ella que por ser diferente interesarían y serían muy vendibles a lo que Ingrazia accedió encantada porque es bueno que las primas se amiguen y a Petra le haría muy bien mi compañía.

Y yo tenía en el bolsillo la sevillana envuelta en papel de diario y Petra me informó que la sacó del cajón de las herramientas de su papá el tío Danielito y en un descuido fui yo y sin tocarla la deslicé en el sitio indicado.

En el barrio alborotado pensaron que sería una venganza teniendo en cuenta lo horrendo del crimen.

Qué barbaridad dijimos y nada más y fuimos a dar el pésame a la familia del trágicamente desaparecido señor de las papas, las batatas, las hortalizas, las flores y la fruta y la viuda nos besó agradeciendo y nos regaló una docena de mandarinas.

Y basta. Nunca más se tocó el asunto aunque la policía iba de casa en casa interrogando. Pero ante la imposibilidad de hallar culpables en el villorrio y como el señor era italiano diagnosticaron *vendetta* que significa venganza en italiano y calladamente yo me dije que de eso se trataba y a los quince días nadie volvió a recordar al papero.

Y así fue como Petra se sumó a los habitantes de mi casa que con la ayuda del profesor, mi ayuda y la jubilación de mamá que hacía poco se jubilara parecía otra casa y mi hermana Betina tuvo su habitación solitaria que le permitía acomodar la cola del alma que parecía haber detenido su crecimiento lo que me hizo deducir que acaso ya no falleciera enseguida y la veía mejor con los caramelos y bombones y

chiches que le traía el profesor que le había tomado afecto y simpatía y aunque quiso enseñarle a escribir no lo consiguió porque Betina le metió el lápiz en un ojo por juego no por maldad y el ojo se le puso colorado al buen profesor.

Cerca de la casa de mamá y nuestra por lo tanto estaba y está el parque Saavedra donde ahora yo iba seguido a pintar sentándome en uno de los bancos de mármol desde donde admiraba la fuente de los querubines (diccionario) y también divisaba el pequeño puente y la estatuilla del ángel que sostiene a un pez y también otras estatuas y la de Saavedra que fue un procer según me enseñaron en la escuela pero ya no me acuerdo qué hizo para ser un procer pero la historia nunca me fue fácil y en realidad ninguna materia me fue fácil sólo dibujo y pintura.

Un sábado fui a sentarme en el banco llevando un cartón para pintar la fuente no tal como era vulgarmente sino como yo la sentía en mi interior y ya brotaban alitas y alitas sobre un fondo lila con rayos azulinos y una plataforma muy blanca donde pensé pintar piecezuelos de niños descalcitos salpicados de oro de las estrellas y de albur tenue de luna creciente de esa luna que parece una ceja depilada y que se ve en la cara de las artistas del cine y de las señoritas elegantes y que dentro de un año yo me depilaré mis cejas igual aunque el profesor me dijo que mis cejas están bien proporcionadas en relación con las demás facciones de mi cara y que si las depilaba perdería personalidad y que mi personalidad era avasallante siempre que no hablara demasiado porque mi manera de expresión es rara y tal vez haga sonreír a los escuchas que aunque no lo dijeran se enterarían de mi minusvalía y conociendo a mis primas que a la que no le faltaba algo le sobraba concluyeran que no era normal y lo peor se desinteresarían por mis pinturas y de noche frente al espejo con la pinza de depilar en la mano y ya sintiendo el frío del acero no me animé porque el profesor nunca se equivocaba y yo le debía cuanto había conseguido y además lo quería con respeto como a un padre y que si mi papá estuviera con nosotros también lo querría así pero él nos abandonó y casi no lo recordaba.

Y mientras elucubraba (ídem) estas tonterías me pareció ver pasar por la esquina que da al Hospital de Niños un cochecito empujado por un señor parecido al profesor pero el profesor se parecía a cualquier otro señor empujando un cochecito que habría salido del hospital donde ya sabemos se trata a los niños por inconvenientes de salud.

Y así fue que me quedé quietecita mirando en esa dirección porque si el señor había ingresado al hospital lo vería regresar y me quedé bastante tiempo con el motivo de la pintura sin terminar y nada vi salir del edificio de salud.

Recuerden que cuando puntúo debo descansar y el lugar de mi cabeza se repleta de formas y de ideas que de seguir mirando el punto nada me saldría. Descanso.

Entraba ya el crepúsculo y no hacía frío porque la primavera ya cumplía un mes en el almanaque y los árboles comenzaban a vestirse de hojas y flores y me gustaban los azahares, los aromos. Las retamas y algunos tilos parecían animarse y agregué mientras observaba en otra dirección algunos verdes y amarillos pero yo sé que el

amarillo me trae mala suerte y paré de amarillo poniendo un rosado tenue como agua donde se lavó la sangre de alguna herida y sentí un chucho frío recordando junto con el agua rosada a Petra y nuestra aventura que juré olvidarla pero que no podía y soñaba a veces con la aventura y las mandarinas que nos regaló la viuda del hombre que saltaba cuando Petra trepaba y conseguí paso a paso convertir ese objetivo en algo subjetivo es decir creado por mí y ahora sería porque venía la noche tuve un poco de miedo y me levanté del banco para dejar el parque y volver despacito a casa.

Y así fue que iba yo por una calle y en las esquinas miraba por si acaso venía algún vehículo y vi que por la calle paralela (ídem) un señor empujaba un cochecito y que el señor era mi profesor que empujaba el cochecito de Betina que venía comiendo pochoclos de miel y reía fuerte con su grave vozarrón porque Betina aunque chiquitita tenía vozarrón de hombre y también tenía ese vozarrón cuando decía las pocas palabras que aprendió para pedir pis y po y comida y ahora reía y reía mientras el profesor silbaba una barcarola que parecía una canción de cuna y vi que la cola que arrastraba Betina y que aparecía desde la hendidura del respaldo y el asiento de la sillita daba saltitos acompañando la silbatina profesoral, es decir bailaba y en la mitad de la cola que no es otra cosa que el alma que parecía haber detenido su crecimiento, llameaba una rosa roja como sangre que, aunque me da vergüenza, dado que siempre escribo con franqueza, no sólo parecía sino que era sangre de cotorra recién estrenada y me senté en el cordón de una vereda porque nunca pude suponer, nunca, que el profesor fuera capaz de accionar igual al hombre que ustedes saben y no deseo describir. Pero acaso me dije mi imaginación me juega un tramposo juego y nada de eso era sino una pintura en el aire primaveral del crepúsculo perfumado y mareante y decidí seguir mi camino y no decir nada a nadie que para eso estaba entrenada en el caso que ya conocen y que nunca volveré a repetir.

Descanso. Llegué a casa y me fui a mi pieza a terminar la pintura y agregué dos pies más y dos ruedas que le precedían y en mitad del motivo una gran rosa sangrante cuyos pétalos quemados por un calor maligno iban cayendo al azul lila del fondo.

Ahora en mi pieza dormía también Petra que ella misma ayudada por un muchacho del barrio había trasladado la cama a mi pieza y compartiríamos el ropero. También trajo una radio.

La casa había cambiado de aspecto porque ya no faltaba nada y comíamos bien aunque yo prefería comer afuera para pensar y evitar ver las masticaciones de Betina que cada vez tenía más hambre y evitar esa cara tristísima de mamá que cada vez tenía menos hambre y al profesor que junto a Rufina se afanaba en servir y cocinar y ocupar un lugar que estuvo desocupado y que correspondería a mi papá aunque nos hubiera abandonado pero a medida que yo crecía en capacidad de conocimiento sumaba a ésta la capacidad de curiosidad y de sentimiento aunque sabía de antemano que nunca sabría dónde estaba mi papá pero que si no fuera por él yo no estaría pintando y ganando dinero y bastante y que hasta pude comprarme un tapadito de piel

de potrillo en una peletería famosa de mi ciudad que me quedaba precioso y me daba cuenta que me quedaba precioso por los piropos que me lanzaban los señores cuando salía de Bellas Artes y ya me hube acostumbrado a comer afuera y ya alguno me miraba fijamente porque sabían que yo era la pintora Yuna Riglos pero ustedes están enterados que lo de Riglos fue invento del profesor para que mis cartones y telas se valorizaran más porque así es el humano y si yo firmara Yuna López no vendería tanto y decían por ahí yo adquirí un Riglos.

Descanso.

Me sentía en la gloria cuando decían yo adquirí un Riglos como si pronunciaran yo adquirí un Pettoruti o un Degas. Además el profesor, y esto me favorecía, no me indicaba qué color o motivación tenía que usar y siempre me alentaba y conseguía lugares de exposición y una vez fui tapa de revista de artes plásticas y salí tan bonita que mi profesor me dijo que estaba idéntica a la muchacha de la corbata que antes ya mencioné y mi alegría fue tal que casi lo salto como antes cuando empezó a enseñarme y después me dijo basta porque yo tenía ya las tetitas abultadas, no mucho porque siempre fui delgadita pero ya mi estado había cambiado porque no era nena sino señorita y ustedes saben a qué me refiero...

Descanso.

Como el profesor ya vivía en casa debo nombrarlo porque no sé por qué motivo que estaba en el aire lo sentía emparentado y diré que su nombre era José y su apellido Camaleón. José Camaleón, el profesor, ahora mandaba bastante en una casa de mujeres o medio mujeres porque a cada una de nosotras nos fallaba o faltaba algo.

En cuanto a Petra la novedad fue que se pintaba como una puerta y parecía una muñequita de torta de cumpleaños mariposeando de aquí para allá, pestañuda y bocona y cachetuda porque los cachetes o mejillas se los pintaba en redondo de rojo como si su naturaleza no fuera ya de ese tono que aumentado daba la sensación de pintado con rodillo.

En cuanto a su vestimenta, dijo, sería más sexy porque yo le pagaba cincuenta pesos al mes por limpiar la habitación y lavar la ropa interior, hacer mandados y demás y ella tenía que recurrir a modista fina porque talles a su desmedida medida no existían de confección yo la miraba cambiar y me alegraba de verla contenta y estaba segura de que ningún señor podría engañarla porque ustedes saben que ella sabía...

Tercera parte

Inauguración de la parrilla

No puedo acostumbrarme a llamar don José al profesor pero él me dijo que lo hiciera y que si quería llamarlo José a secas lo hiciera porque se sentía parte de la familia aunque no conocía sino al pasar a tía Ingrazia y a tío Danielito y mamá resolvió hacer una reunión en el fondo donde don José colocó una parrilla muy bonita para asados y una mesa larga y dos bancos también largos y sillas de paja. No faltaba nada ni la madera para el fuego que consistía en durmientes del ferrocarril que vendía la viuda del difunto aquel que ustedes saben y así con otros aditamentos (diccionario) el asado estaría para chuparse los dedos y cuando dijo eso me recorrió una náusea (ídem) por todo el cuerpo que casi vomité, pero no. En los últimos tiempos algunas palabras me daban náuseas por cosas del pasado que desdichadamente nunca pasan del todo y amargan el día más esplendoroso (ídem).

Creo que el diccionario me beneficia, creo que salvaré dificultades que antes creí insalvables y no cuento lo que guardo in mente y es que si salgo del todo de mis minusvalías iré a vivir sola porque tanta gente cansa y yo veo en profundo tanto como hablo en superficial y lo que veo en profundo no me gusta y desde lejos me dolerá menos o no me importará porque cada minuto me alejo más y más de lo que llaman familia y cada minuto me tengo más en cuenta.

Compré una tela grande para pintar mi mundo.

El amarillo me trae mala suerte y soy supersticiosa pero aquí me va a resultar imprescindible (diccionario) como a ciertos pintores que después sufrieron ataques de locura y de suicidio pero lo primero en mi caso sería inevitable porque mi familia deja mucho que desear y lo segundo depende de mí y no va.

Para inaugurar la parrilla don José eligió el día del cumpleaños de Betina que es el 20 de septiembre el último día de invierno porque el 21 empieza la primavera. Betina empezó a ser alguien desde ese momento de la elección.

Betina estaba sentada en su sillita al sol jugando con escarbadientes sobre la mesita adosada a la sillita, miré mejor y vi que no eran escarbadientes comunes sino palitos para armar casitas, banquitos y muchas cosas corrientes pero Betina tenía los brazos tan cortitos que para armar por izquierda debía inclinar todo el cuerpo en esa dirección igual que para armar por derecha y el trabajo se le venía abajo.

Ella pateaba con sus piernas tan cortas que no pateaba nada sino el aire y entonces lloraba nerviosa y por qué no decir también furiosa y bueno es lógico deseaba crear algo y no le salía por ser minusválida total, eso sí, la cola de ánima había disminuido y a mí me parecía que estaba bastante mejorada en su aspecto.

Yo le llevaba algo así como un año de edad y cuando alguien lo comentaba insistían en que no podía ser pero así era.

Betina hablaba poco y a veces podía manifestarse mediante una frase completa como aquella vez que gritó lo que le ocurría cuando le vino el desarrollo y como la retaron tal vez después habló menos y prefirió runrunear para que no la retaran pero si se hubiera animado y si lo que yo vi por la calle paralela no era fruto de mi imaginación, acaso Betina hubiera aclarado situaciones que yo intuía pero como en boca cerrada no entran moscas me callé y aunque notaba cambios en la pequeña monstrua que eso era Betina y no otra cosa, animada y serena me aproximaría a mi mamá para contarle lo que creí ver en aquel crepúsculo y ciertas actitudes de Betina y de alguien más que por ahora no nombro pero chismorrearé con Petra y a ver qué sale de todo este barullo.

Petra estaba encerando el piso de nuestra habitación y yo la llamé ya voy dijo y siguió encerando hasta terminar. Fue a lavarse las manos y vino a ver de qué se trataba.

Le comenté que notaba un cambio en la casa y en las actitudes de la gente que la habitaba lo que incluía a nosotras dos y ella secándose las manos en el delantal me dijo que era lógico porque gracias a los dineros que ingresaban la casa estaba arreglada y siempre había comida muy buena lástima que yo trataba de comer afuera si no me hubiera dado cuenta las atenciones que José prodigaba especialmente a Betina que para ella estaba demasiado redonda y que la tabla de la mesita ya le apretaba el estómago y yo le comenté lo de la colita de ánima con todos los detalles y ella me contestó que eran tonterías de artista y que todos los artistas eran extraños y medio locos y que no me enojara pero que yo también entraba en tal especie humana y que ella hubiera regalado diez centímetros de su estatura con tal de ser pintora o escritora o escultora y que aunque no se quejara sabía que le decían enana liliputiense y aguantaba porque cada cual es como la puta madre que lo parió y basta. Descanso.

Me di cuenta de que estaba algo ofendida aunque la ofendida debía ser yo por lo de extraña y medio loca pero Petra no me llegaba ni hasta la cintura y digna de lástima merecía que nadie la retara o le dijera palabras gruesas.

Pobre Petra cuántos trabajos extras realizó para vengar la inocencia quebrada de Carina y cuántas penas llevaría en su interior y esto lo advertí recién, por ser enana desde que nació y hasta que se muriera lo sería así que le acaricié la pequeña cabeza y le pregunté adónde iba esa tarde y ella me dijo que a trabajar. Yo le pregunté si necesitaba que le aumentara diez pesos o veinte si vendía el cuadro grande que ya me faltaba poco y ella no aceptó porque ganaba mucho ejerciendo el oficio, esto me dijo.

Qué oficio le interrogué y ella socarrona (diccionario) contestó que el más antiguo del mundo aunque sin sexo oral por que le daba náusea y ya no precisaba que ninguno de sus clientes entrara en éxtasis absoluto porque no cortaría penes porque ninguno de sus clientes le había causado daño dado que usaba preservativo durante las sesiones amorosas. Buscó su bolso y sacó unos globitos de látex o algo así y me dio toda clase de explicaciones recomendándome que nunca hiciera el amor sin obligar al

señor del momento que usara esos globitos algunos de colores y cuando infló uno, me di cuenta de dónde debía colocárselo el señor que fuera cliente, como Petra lo designaba. Y la figura del flaco de la bicicleta surgió entre la neblina de mi inspiración y me atacó la risa porque lo imaginé poniéndose el preservativo donde naturalmente hay que ponérselo y el sentimiento de añoranza que a veces me atacaba se diluyó como un puñado de arena de entre los dedos y el flaco parecido a Gary Cooper de mis adolescentes angustias (ídem) también fue nada entre la nada de la mano junto con la arena y voló para siempre y me alegré de que aquello que aunque me avergonzara sería herida amorosa, desde el momento de látex fuera sólo un asco ridículo del que me salvé gracias a mi minusvalía heredada que solía ser algo útil llegado el caso.

Le pregunté a Petra a qué hora volvería y ella me dijo que debía atender a cuatro clientes pero bobalicones viejos casados y que a uno le tenía que subir los pantalones cuando acababa, de modo que estaría de vuelta dentro de dos o tres horas porque antes pasaría por el mercado para comprar una pata de cordero que asaría en el fondo con papas y batatas que compraría a la viuda que ya sabemos.

Salió con un vestido rojo, zapatos blancos y cartera blanca con vivos rojos y se había hecho una permanente apretada que daba la impresión de un gorro de baño, bien pintarrajeada como ya conté en otra ocasión, con perdón de mi crítica maligna, parecía una mónita de esas que venden a la puerta del zoológico y que son de yeso con piel de perro, ya tradicionales en nuestra ciudad y que casi todos los chicos piden a los padres que les compren junto a los maníes para dar de comer a los monitos de carne y hueso de las jaulas. Voy poco al zoológico porque los animales nacieron para la libertad todos especialmente los pájaros. Mi corazón no resiste esas miradas suplicantes (ídem) que dicen sálvame de estos días y estas noches de suplicio y yo no puedo hacer nada por ellos víctimas de la ignorancia humana. Descanso.

De no ser medio minusválida no necesitaría descansar pero ya manifesté que cada punto o coma imprescindibles (ídem), llenan mi cabeza de visiones y pensares increíbles que me superan y me duele el cerebro, creo que es el cerebro lo que me duele y el cerebro es lo más enfermo y debilucho de toda mi inútil familia y no debería expresarme así, pero a veces quisiera ser normal del todo.

Pero cada cual es como lo parieron y hay que aguantárselo como me aguanto el apellido falso de Riglos que estampó al pie de mis pinturas el profesor, ahora don José Camaleón o simplemente José a quien no me acostumbro a ver en mangas de camisa leyendo el diario o tomando mate como dueño de casa y aunque parezca algo atrevida sugiero para mis adentros que ese lugar correspondería a mi papá que se lo perdió por abandonarnos pero no tengo derecho a preguntar cosas que no me incumben y además yo fui quien trajo al profesor por primera vez cuando estábamos pobres y la casa no tenía el fondo con la parrilla y Petra no podría asar carnes y chinchulines que son tan ricos cuando volviera del oficio antiguo, y otras veces también.

Terminé de pintar la tela, esta vez al óleo, y quedó tan preciosa que daba pena venderla pero yo vivía orgullosamente de mis trabajos y pagaba mi estada en la casa que día a día y no sé por qué me parecía más ajena, más de ellos que mía porque yo era una sombra lánguida (ídem) que a veces vagabundeaba interiores y aledaños (ídem); aclaro que ídem significa diccionario pero por ser vocablo más corto me conviene y como nunca me quedo con nada ajeno digo que vocablo corresponde a mis averiguaciones de la cultura del diccionario que me ayuda a salir de mi minusvalía heredada.

El cumpleaños de Betina

José había preparado el fuego en la parrilla y en el fondo era un ir y venir de gente de la familia de siempre a la que se sumaban tía Ingrazia y tío Danielito que vieron a Petra, la hija de ambos cuando llegó con los paquetes y bultos y desparramó sobre la mesada las carnes que ustedes ya saben y de una caja sacó botellas de vino blanco y tinto y algunas bebidas sin alcohol y pan y de todo lo que me hizo razonar relampagueando que habría trabajado bastante porque lo traído no era barato sino exquisito y las frutas para hacer sangrías parecían pinturas de naturalezas muertas, especialmente las uvas y las manzanas. José luego de quitar ciertas adherencias a la pata de cordero la colocó en la parrilla rodeada de morcillas chorizos tripa gorda y chinchulines, él conocía el oficio de asador y mientras faenaba bebía vino para entonarse y los asistentes iban poniendo la gran mesa con las tablitas sobre las que se acostumbra degustar (diccionario) esas carnes y los tenedores y cuchillos y fuentes en una expresión, toda la vajilla de mamá salió a brillar a la luz de las bombitas que se prendieron todas y de algunas velas gruesas para adornar y también flotaban los globos de todos colores y a mí me pareció fiesta de Navidad pero no era sino sólo el cumpleaños de Retina que dormía en su cunita a pesar de cumplir esa noche dieciocho años contantes y sonantes pero en mi casa todo era diferente porque lo éramos nosotros cada uno en su extensión, dimensión y jerarquía y sonaba música de la radio de Petra que cantaba en ese momento Ortiz Tirado y decía bésame... bésame mucho... como si fuera esta noche la última vez... y ya no me acuerdo cómo seguía pero yo seguía porque el cerebro cansado creo estará como los sesos de la parrilla chisporroteando, mi pobre cerebro al que le exijo demasiado y ya tengo más ganas de acostarme que de participar en la fiesta y se lo dije a Petra que se enojó porque dijo que yo no tenía derecho a escapar por un poco de fatiga cuando ella sí que estaba cansada después de ejercer el oficio antiguo y que en vez de cuatro los clientes que atendió fueron cinco y para colmo de males el último bastante joven que la dejó de cama y tuvo ganas de quedarse en la cama de trabajo pero decidió cumplir y fue al mercado.

Descanso.

Buen descanso debí tomarme porque a los afanes de Petra sumé mi apresuramiento por terminar el cuadro y bañarme y acicalarme y le pregunté a Petra si ella se bañaría y acicalaría porque volvió muy desgreñada y dijo que lo haría por ella misma porque sentía lástima de ella misma y yo me entristecí y le di un beso en la carita ridícula de coloretes corridos y baboseados. Petra me abrazó fuerte y exclamó para qué habremos nacido... y yo le contesté que nacimos porque a la pareja le vino ganas y no usó preservativos y ella me dijo que siempre los usaría para no traer hijos

degenerados a este mundo también degenerado y amargo y abrazadas lloramos un océano de lágrimas como nunca lo hubiéramos pensado yo en cuclillas porque de otra manera nunca podría haberse concretado el único abrazo y lagrimeo que apretó y humedeció el crecido crepúsculo y nos hizo bien a las dos.

La radio cantaba con la voz romántica de Ortiz Tirado otra melodía de la última noche que pasé contigo y me lavé la cara jurando no llorar ya mientras Petra se desnudaba y metía en la bañera y vi los moretones que oscurecían la piel de su miserable cuerpecito y algún mordisco y arañazo o algo así pero no comenté nada y casi me echo a lloriquear pero aguanté.

Los moretones y demás llagas de aquella minucia de mujercita me inspiraron algunos motivos dolientes que esa noche no podría pintar pero que al día siguiente sí lo haría y no sé por qué bautizaría *Las Magdalenas* aunque no figurara mujer alguna en la temática pero resolví que tanto el cartón como la tela sollozaran igual que nosotras lo hicimos abrazadas y que la gente que viera esos trabajos también se estremeciera y sin saber por qué.

Fui al fondo y a la lumbre del fuego de la encendida parrilla el profesor o José como a ustedes más les guste designarlo esgrimiendo el hierro puntiagudo en forma de tenedor para acomodar las carnes me impresionó y estaba transpirado porque ya hacía calor y el sudor le corría por el torso desnudo porque se había quitado la camisa y le vi los pelos del pecho y debajo de los brazos también y me dije ojalá que no me venga el vómito porque arruinaría la fiesta de Betina que ya estaba sentadita a la cabecera de la mesa y golpeaba con un cuchillito y un tenedorcito la mesita adosada a su silla porque tenía hambre y aunque traté de hacer oídos sordos sentí los cuetes que se le escapaban y vi a Petra y decidimos sentarnos al final del grupo por cualquier accidente no deseado o que se nos escapara risa o carcajada o vaya a saber qué pudiera ponernos en el tapete (ídem) de la reunión y no deseábamos ser las arpías del momento festivo.

José dijo que había invitado a otro profesor de matemáticas que estaba viudo y solo aunque tenía un hijo y una hija que no vivían con él. Yo conocía de vista al profesor de matemáticas aunque nunca hablé con él y era sonriente como la caladura (ídem) de una sandía, siempre sonriente y en Bellas Artes enseñaba dibujo y nunca aplazaba a ningún alumno o alumna. Acaso viniera con la novia, dijo José que era una chica preciosa de ojos verdes y muy elegante aunque el profesor no lo era pero nos iba a gustar por su simpatía y buenos modos y a mí me sonó a campana de palo meter ajenos al grupo que ya bastaba con José y no sé por qué lo advertí ajeno cuando hasta entonces no ocurrió de tal manera y ya estaba mamá y los dos tíos y nadie faltaba cuando llegaron los invitados de José y Petra me susurró al oído que el profesor era un atrevido por meter en nuestra familia gente de su conocimiento. Pero las cosas venían así y las aceptaríamos hasta el borde de la copa y naturalmente terminarían cuando la copa rebasara (ídem).

Y empezaron a circular las tablitas que se llenaban y las copas que también se llenaban y yo miraba a Betina que aunque esgrimía tenedorcito y cuchillito requería de ayuda para comer porque había que cortarle los alimentos y acercárselos a la boca llena de dientes de ogresa.

Los invitados de José Camaleón, el profesor

Cuando ingresaron a la fiesta los invitados de]osé todas las caras se volvieron hacia el lugar del ingreso y vieron a la despareja pareja de los invitados que les faltaban ojos para ver a todos los integrantes del familión nuestro aunque ambos tenían dos ojos que sumados eran cuatro verdes, muy bellos los de la mujer feos y pequeñitos los del hombre más bajito que ella del tipo arratonado muy común que vemos por las calles y que vemos sentados o parados en las oficinas de la administración pero este era profesor ya lo dije de dibujo en una escuela y además cumplía con otras actividades que ahora no recuerdo y ella trabajaba como modelo de ropas y cosméticos y estaba elegantísima aunque mi capacidad introspectiva (diccionario) me advertía algo que a simple vista no se notaba y con respecto al señor quitando lo de elegante ocurría lo mismo y yo sentí erizamiento de piel y ganas de salirme del sitio que ocupaba al lado de Petra que me codeaba para que yo no perdiera detalle ella sentada sobre tres almohadones puestos encima de la paja del asiento de la silla para alcanzar la mesa.

Descanso.

Y de pronto me doy cuenta de que al lado de mi silla del otro lado del que ocupaba Petra había una silla vacía y que la mujer linda ya se ubicaba al lado de José y bueno el señor invitado que venía con la señorita de ojos verdes vino y se sentó j unto a mí del lado desocupado y muy sonriente pidió permiso y dijo la suerte me acompaña y no entendí pero Petra preguntó qué suerte lo acompañaba y él respondió sentarse al lado de una chica tan preciosa que naturalmente sería yo. Era. Por cierto que no contesté nada y por mí lo hizo Petra que contestó sí que tuvo suerte porque mi prima es artista con nombre Riglos y el señor aclaró Riglos, la pintora, pero caramba qué maravilla y además intentó darme un beso en la mejilla y yo sacudí la cabeza como hacen los perros recién bañados y el señor hizo como si no se diera cuenta y siguió sonriendo bajo el gran bigote de pelo duro que le cubría la boca pero no el aliento que sabía a antiguas comidas cuyos lastres (ídem) quedaron ocultos entre diente y diente muela y muela y no sabía yo si resistiría y le dije a Petra vení sentate junto al señor que ustedes tienen ganas de conversar y Petra me dijo que donde estaba y desde ahí veía todo pero yo insistí y ella temió mi vómito ya casi evidente y cambió de lugar y como era mujer mundana hizo que el señor trajera los almohadones a mi silla que ahora ella ocuparía trabajo que hizo el señor no de buena gana y lo noté porque el bigote se le movió hacia abajo.

Descanso.

El señor trataba de saltear la presencia de Petra para conversar conmigo de arte pictórico y dibujo y Petra le sugirió que descansara y gozara de la festichola, diré que

Petra manipulaba un vocabulario chabacano producto del trabajo que practicaba afuera y me pareció que al señor le chocaba porque poco a poco hablaba menos entonces yo tercié (ídem) y le pregunté si la señorita linda era su novia y él me dijo en eso andamos pero... nada serio porque ella es divorciada y tiene hijas y yo viudo tengo hijos y el asunto es complicado y yo le sugerí que viera al otro lado de la mesa qué entusiasmada estaba la divorciada ensamblada (ídem) charlando con José Camaleón y al hombre no le hizo gracia y Petra agregó que entre él y José a la dama le quedaba mejor José y que él resultaría parejita con ella por lo bajito aunque no liliputiense y que si aceptaba ella ahí mismo proclamaría el noviazgo de ambos y el señor dijo no.

Yo grité desde mi lugar de asiento en dirección a José cómo se llamaban la pareja que él había invitado y José trabajosamente desconectándose de la señora divorciada y novia del señor vecino mío en la mesa dijo pero qué barbaridad... no los presenté... la señorita se llama Anita del Porte y mi amigo Abalorio de los Santos Apóstoles.

Todo el mundo aguantó la risa por lo de Abalorio de los Santos Apóstoles pero nadie soltó ni minga de risita y todos prosiguieron engullendo y chupando vino y en mi tablita quedaban a la espera de un mordisco todas las exquisiteces pero yo tenía el estómago revuelto y la cabeza repleta de motivaciones para crear en telas porque los cartones ya los había dejado para ensayar y mis exposiciones de categoría requerían expresividades reposando o danzando o sufriendo en finas telas grandes que luego yo misma llevaba a encuadrar con fina madera o metal según el caso solicitud del comprador o lo que fuera. El dinero Petra o bien me lo guardaba o lo depositaba yo en el banco. Petra me aconsejó que nunca confesara a nadie cuánto tenía porque los vivos abundan y los avivados pululan y yo confiaba en Petra más que en mí misma que para la casa entregaba demasiado mucho más de lo que consumía para taparle la boca a cualquiera y así alguna vez me sonrieron y saludaron con uno de esos besos en la mejilla que se estampan de paso.

Y así fue que Abalorio me preguntó cuánto costaba el cuadro titulado *Serenata en Otoño*, y yo le dije que valía mil quinientos pesos y él contestó que era lo que él ganaba durante seis meses de cátedra y le pregunté qué era la cátedra y él me dijo las clases de matemáticas de la secundaria y en cuanto a lo que enseñaba particular de pintura para ganar esa cantidad requeriría la labor de un año y Petra como langosta saltona susurró mi primita Yuna sí que es buena candidata pero vos, lo tuteó al señor, quedate con la divorciada o aceptame a mí que no gano ni la mitad que Yuna pero más que vos que me parece te hacés el pobrecito y sos un profesor y yo ejerzo el oficio más viejo del mundo no puedo ganar más que vos y le estoy buscando un candidato presentable a Yuna con autos y viajes a Europa y no porque ella no pueda obtener los beneficios mencionados sin mi ayuda sino porque mi prima es un ángel de bondad y cualquiera puede engatusarla y yo soy prostituta y sabia en cuestiones del bajo fondo y vos tenés las uñas sucias de rascarte o de rascar a tu novia que a lo mejor es pura pinta y tiene el culo roñoso y después se calló y juro que Petra sabía actuar y que los

fundamentos expuestos a la orejota de Abalorio sólo fueron oídos por Abalorio que estaba sonriente pero pálido como un papel y mirándose las uñas sucias.

José levantándose de su silla fue a reponer viandas (ídem) en las tablitas no tuvo necesidad de llenar los vasos sí de reponer botellas porque nadie dejaba ni una gota y a mí me preguntó José si estaba a gusto y yo lo miré con cara de chica de Modigliani, la de la corbata y bastó porque no preguntó ya.

El brindis

Trajeron el cajón con botellas de champagne y me pareció ordinario ponerlo entero en medio de la mesa junto a la torta porque tantas botellas decían claramente que ahí nadie le huía al frasco y la torta de tres pisos chocada sin querer con el cajón se desbarrancó y quedó de uno y dos caídos sobre el mantel y yo me di cuenta de que la torta de tres pisos resultaría más alta que Betina la homenajeada y que el cajón de licores sabía lo que hacía y el retrato de Betina significaba la torta descabezada con la muñequita rota y sin brazos ni piernas quebrados por el choque y pedí permiso para ir a mi habitación y bosquejar (ídem) en un cartón lo experimentado y supe que la pintura que haría cuando estuviera tranquila sería un premio nacional o internacional. Estaba segura y al fin rápido del bosquejo regresé a la fiesta donde estaban brindando por los dieciocho años de Betina que de todos modos nunca pudo cortar la torta que a trozos desparramados fueron puestos en los platitos y nadie despreció menos Betina que gritaba más... más... más... golosamente. Los postres los agarraba con la mano y acertaba, a veces, en meterlos en la bocaza y gritaba rico... rico... rico... pero algo trasuntaba la actitud de la criatura esa noche que miraba a José con expresión entre rabiosa y doliente y yo me imaginé que tendría relación con algo concatenado (ídem) con el comportamiento tan acalorado de José con la novia divorciada Anita del Porte pero resumí que serían imaginaciones mías y ojalá que lo fueran porque Abalorio de los Santos bien se notaba estaba enamorado de la señora de ojos verdes y que si ella lo cambiaba se vendría abajo lo estructurado en varios sentidos y direcciones y Petra me guiñó un ojo al par que agarró la mano de Abalorio de los Santos y achispada y en broma dijo acabo de pedir la mano de Abalorio de los Santos porque hacemos juego y yo gano más que él y así podremos unir su familia desmembrada, según me contó, trayendo a sus hijos al hogar común que no será este superpoblado sino el piso que él tiene y seremos felices comeremos perdices y Abalorio de los Santos podrá chupar vino cuanto se le antoje y cantará la violeta por las calles y yo le prometo lavarle la ropa y limpiarle las uñas y recortarle el bigote y hacerle chiches para que el acto sexual no sea una tontería de pareja de aburridos casados por iglesia y vi que el pobre Abalorio de los Santos extrajo de su pecho tirando de una cadenita una medallita de la virgen y la besó y vi que dijo a la novia de ojos verdes vámonos ya y se fueron.

Vamos a brindar gritó Petra por los hermosos dieciocho años de mi primita Betina y todos brindaron y Betina estaba feliz porque la novia divorciada se había ido y José volvía a mimarla como siempre.

Me asomé y vi que Anita del Porte y Abalorio de los Santos Apóstoles subían a un auto bastante pasado de moda que conducía Anita y Abalorio echado hacia atrás ya dormía la mona y manifesté para mis adentros qué par de infelices pero qué vivos o

acaso lo de vivos correría por mi cuenta. La imaginación me juega trucos pero quien me llama a la luz es Petra y después charlaríamos el tema porque seguía dándome lástima el pequeño Abalorio.

No sé si dije antes que mamá y mis tías tenían dos hermanos más solterones, si no lo dije lo agrego porque no me gusta ser injusta y la familia es toda entera o no es nada a pesar de que yo ni bien pueda cambiaré de domicilio y ni bien pueda mejor cambiaré de país y ahora algo diré de los dos tíos casi olvidados por lo poco que se hacen ver porque son solterones y jubilados y duermen largas siestas uno en su casucha de una villa y otro bajo un puente pero cobran la jubilación y no tienen necesidad de mendigar, viven como las aves del campo que me contó el cura de la comunión.

Tío Pedrito y tío Isidorito nacieron mellizos y aunque no muy despiertos supieron ganarse la vida empleados en la administración pública y el que más dificultades tuvo fue Isidorito porque me contó tía Ingrazia que para lo único que servía era para trasladar expedientes de un patio o de una oficina a otra y de ires y venires durante años le vino la jubilación mínima pero Isidorito precisaba pocas cosas y nunca se casó así que carente de compromisos vivía bien y tío Pedrito fue empleado municipal de esos señores que dan las audiencias (ídem) a las personas que necesitan ver a las autoridades para peticionar sin censura previa (ídem) y así dando sobrecitos con permisos se jubiló y fue a vivir a una villa pobrísima también soltero y decía solterito y sin apuro pero yo pensaba quién tendría apuro de casarse con tío Pedrito chueco y feo como una pesadilla.

Y como hacía mucho que no nos veíamos dijeron que nos encontraban muy bien y conocieron a José Camaleón y esa fue la novedad, besaron a Betina y ella los baboseó porque Betina besaba sin tragar a tiempo la saliva y los besados disimulaban y no sacaban el pañuelo para secarse las mucosidades y Betina be... be... be... feliz batía palmas porque le gustaba que la besaran señal de que la querían pero yo creo que era por compromiso. Seguramente. Y las preguntas comenzaron a los ingratos que nunca visitaban y así supimos que Isidorito prefería vivir debajo del puente de City Bell cerca de la ciudad y que cuando llovía mucho iba a la casita de chapas de Pedrito y se hacían tortas fritas y asaditos y tenían el vicio de asar castañas encima de una lata y cuando el frío arreciaba (ídem) encendían fuego con alguna goma de auto con mucho cuidado para no incendiarse y el profesor que ya se sentía dueño y señor con grosería les preguntó si no los visitaba alguna mina que significa mujer de la calle y no me avergüenzo por lo de Petra pero Petra nunca asistiría a clientes pobretones y feos como Pedrito o Isidorito que ante la pregunta de ustedes ya saben quién, se pusieron colorados como un par de tomates y luego de saludar de nuevo se fueron creo que enojados porque no volvieron y yo no fui a verlos porque no sabía de la villa ni del puente pero pinté un lindo motivo que titulé *Desarraigo* palabra que busqué en el diccionario y criteriosamente, llegué a la conclusión de que don José Camaleón

podría separarnos y aunque yo ya tenía resuelto irme no es lo mismo decidirse que a uno lo obliguen por sentirse menoscabado (ídem) y avergonzado.

Al cabo de varias horas ya casi nadie quedaba alrededor de la parrilla y las botellas estaban vacías y algunos dormían con la cabeza sobre la mesa y otros con la cabeza tirada hacia atrás roncando y yo que no probé bocado ni bebí alcohol era testigo fiel de cuanto sucedía y vi a Petra que fue hasta donde estaba Betina la del cumpleaños y luego frunció el ceño y vino hacia donde yo estaba y no me dijo nada de viva voz y me dijo algo que me hice la desentendida con algún ademán no del todo decente sino más bien no del todo indecente y miró en dirección a Betina que roncaba como un hombre y hacía lo demás en el aparato que agregaron a la silla debajo lo que se denunciaba por el olor y los fogonazos pero la infeliz no tenía culpa de nada y yo pensé que la mayoría de los que estábamos ahí no teníamos razón para festejar cumpleaños y que debiéramos festejar defunciones ya que obligados a vivir ocupábamos un lugar en el espacio que acaso le hiciera falta a uno nacido normal.

Y cuando ya casi amanecía vinieron dos primos más cuya procedencia no puedo recordar y dejaron unos regalitos de parte de no sé quién y los dejaron empaquetados y al ver el espectáculo de los durmientes se fueron y para mí que no estaban de verdad sino que serían dos fantasmas de dos primos que lejanamente yo recordaba pero mi memoria es nula vive en presente total así como mi imaginación rellena totalmente mi cerebro y mueve mis brazos y mis manos para pintar.

Abrí un paquete y encontré una botella de champagne y abrí el otro y también entonces Petra me dijo vamos a llevarnos las botellas sin decir nada para festejar algún acontecimiento que seguramente sucederá. Y bueno, pero no estaba bien. En cualquier parte agarrarse lo ajeno es robar pero vaya y pase por los cuidados que Petra me brindaba y por todo lo que me enseñó sobre peligrosidades sexuales y demás.

Pasé la noche pintando. Petra descansaba y lloraba entre sueños. Afuera alguien limpiaba sería Rufina que prefería hacer los menesteres (ídem) enseguida y dormir a pata suelta, decía, después. Llegué a ver cuando mamá se levantó pesadamente y cuando José alzó a Betina y la llevaba. Y nada más.

Betina necesita otra silla

Cuando levantaban a Betina de su cunita ya no cabía en su sillita porque había engordado.

Tanto había engordado que la levantaban con sillita y todo por lo tanto y para comodidad de la pobre criatura se imponía un cambio y yo resolví regalarle la nueva silla, no ya sillita, porque la elegí amplia y linda y le pinté unos motivos nada infantiles porque Betina era una señorita y los motivos fueron comentados por la familia y significaban flores de colores alegres, maripositas y ruiseñores y avanzando sobre una alfombra anaranjada un niñito como el niño Jesús con los brazos gorditos extendidos para que lo alzaran y lo llevaran al jardín zoológico y al bosque y cerca del bebé pinté las sombras que no pude evitar porque llevo dentro de mí tantas sombras que cuando me agobian (ídem) las expulso encima de mis pinturas pero las sombras de la silla de Betina no estaban empañando al bebé porque los bebés para mí, todos, son aquel bebé de Carina que la vino a buscar y se la llevó envuelta en un manto de fiebre. No. Yo no quemaría ni imaginativamente a una madre y nunca atormentaría a un bebé. Pensé borrar las sombras.

Después las dejé porque siempre oscurecen los paisajes y si mi imaginación iba por ese carril (ídem) seguiría. Nunca corregiría lo que mi imaginación y talento me dictaran y lo de talento lo escribió sobre mi obra y persona un crítico de arte y eso me enorgullecía aunque no soy vanidosa como me pareció vanidosa la mujer de ojos verdes y antes, ya muy pasado en el tiempo tía Nené que se burlaba de mis pinturas de cartones adolescentes y creía ser artista creando las carotas grandes de mujerotas con ojos de vaca. Me doy cuenta de que estoy aprendiendo a criticar con sorna (ídem) y trataré de frenar esta modalidad porque afea el alma y arruga la frente y no deseo tener arrugas en mi cara de modelo de Modigliani que ya veo que resulta bonita por los piropos que me dicen en la calle y que antes no hacían mella pero ahora sí y deseo aclarar que al escribir mella debí poner ídem porque ustedes comprenden que los términos difíciles los saco del diccionario y que hasta que no los maneje con alta fidelidad no los sentiré de mi propiedad absoluta y perdonen si los aburro con tantas explicaciones pero mi naturaleza nació así y quiero tener lo que pueda cargar honestamente y no hurtar nada ajeno.

Cuando le regalé la silla decorada a Betina la pobrecita que siempre me tuvo miedo por aquello de las comidas de hacía bastante que le ponía la cuchara en un ojo, en la oreja y demás hasta llegar a la boca y le estrellaba la cara en el plato de sopa y en mi interior deseaba que se muriera, tembló y lloriqueó hasta que se dio cuenta que yo no traía malas intenciones y estiró los bracitos para que la cambiara de asiento y aclaro que no olvidé que la silla llevara debajo el recipiente que ustedes saben para

qué sirve en estos casos de minusvalía avanzada. La puse en la silla nueva y mostró con los deditos los motivos que la decoraban deteniéndolos en la figura del bebé y dijo nene lindo, sí...

De inmediato la vi caer en sueñera intensa (ídem) porque para Betina eran muchas emociones encontradas, por ejemplo que yo que siempre la ignoré y molesté en la infancia me preocupara por su miserable personita y por el regalo que le permitía estirarse a gusto y respirar a la vez que la gran barriga aparentaba agradecer el espacio a su medida. Adiviné, no sé qué adiviné porque yo seré muy talentosa pero coordino con Betina en minusvalía en su mínima expresión (ídem). Pero confieso que desde la silla estrenada afloraban dos sonrisas de dos bocas distintas y miré atrás a ver si la cola anímica estaba y no. No estaba y me dije que Betina había recuperado el alma que ya no se le escurría y que acaso sanaría algo de sus males y llegara a ser minusválida a mi nivel o algo así.

Cuando Betina estuvo ubicada en su trono se dedicó a toquetearlo, a descubrir figuras y motivos decoradores de su novísima estancia y yo sentí la emoción del que realiza un acto humanitario con algo o alguien que no es del todo humano quiero significar que es diferente. Y mucho y tanto que puede asustar a un desprevenido y para colmo de males Betina comprendía, entendía más de lo que las gentes desprevenidas suponían.

Y ahora que advertía un ápice (ídem) de calor de hogar que emanaba de la hermana más temida, de mí, conversaba con su silla nueva y de pronto me dijo, Yuna por qué no me regalás una cama porque dentro de poco la voy a necesitar y yo sentí que dentro de mi pecho dolorido y añicado por antiguas y constantes bronquitis, un mar amargo batía olas monstruosas como monstruosas éramos nosotras dos y ya no me era posible sofrenarlo, dominarlo, aunque después lo pintaría y ya tenía título el cuadro *Tormentas ocultas* y lo expondría en gratitud o por gracias a Betina que supo guardar un vocabulario completo y destapaba el vaso del misterioso secreto en este instante porque había hecho saltar el sello hermético de una pavura horrenda y le pedí que siguiera pidiéndome cosas porque yo tenía dinero y le armaría un dormitorio precioso con mesitas de luz y espejitos y cuanto ella sugiriera, y ella me agarró una mano y gritó y una cunita de mimbre.

Me senté en el piso y desde ahí observé en toda su redondez la barriga de Betina y me acerqué y le toqué la barriga a mi hermana y ella apretó mi mano sobre la barriga con dificultad porque el bracito resultaba exiguo pero lo logró y yo por primera y única vez en mi vida palpé la vida y era bella como el temblor del ala de los ruiseñores cuando liban el néctar de la flor y Betina no me soltaba para que yo siguiera el acompasado respirar de algo dentro de ella con mi tacto con mi bellísima mano de artista y Betina me miraba para comprobar mi aprobación y le dije que compraría la cunita más delicada y un cochecito forrado en seda y que saldríamos de paseo por el bosque mientras el lobo no está.

Fatigada, mi hermana tan deforme y tan formal se adormeció y yo estaba momificada en el piso de madera viendo la barriga y su aspecto y sumando a lo que veía las explicaciones de Petra y recordaba que siempre hay que usar preservativos y aquello que los hombres sin alma desbordan en el vaso menstrual de las mujeres, lo misterioso y químicamente imposible para mi capacidad, conjunción de pequeñeces flotantes y vivas que danzaban en aguas increíbles y maternales y día a día concatenaban insertándose como en un rompecabezas magnífico hasta configurar una criatura y el solo imaginar qué estaría configurando Betina me espeluznó porque nosotros nada bueno traíamos a esta superficie y hasta yo misma, a pesar de ser pintora Riglos no escapaba a la clasificación de ser extraña y espantosa no por fuera sí por dentro y recordé a Carina jurando que no permitiría que manipularan el bebé, porque eso era lo que llevaba Betina en la barriga, como lo hicieran con el bebé de Carina que volvió para llevársela envuelta en una hoguera de fiebre y caer ambos al olvido que es la única muerte, pero yo nunca los olvidé.

Llegó el mediodía y hubo que limpiar a Betina y yo que me dormí en el piso me ducharía y los demás harían lo que acostumbraban cotidianamente (diccionario) y la vida y las vidas seguirían sus cursos y también las muertes seguirían sus cursos porque así ocurre aunque los mal intencionados intenten negar valores (ídem) innegables.

Cuando Rufina empezó sus tareas y de la cocina fluía olor a comida yo corrí al baño a ducharme y aderezarme y busqué mis útiles y mis telas enrolladas y salí del aquelarre porque comería algo por ahí, cerca de Bellas Artes y luego pintaría hasta que las fuerzas me lo permitieran en el taller que habíamos alquilado con otros plásticos.

Pinté mucho y borrascoso. Llovía, comprobé contra los vidrios del ventanal gruesas gotas y me quedé mirando llegué a la conclusión que de goterones como esos que fecundan la naturaleza también otros de idéntica y gozosa caída fecundaban las barrigas para nacencias emparentadas con los brotes de los árboles y los jardines y que no cabía calificar de pecaminoso ese temblor esa canción esa magia.

Y me quedé toda la noche en el taller un poco pintando otro poco durmiendo hasta que un rojo lampo solar me dio en la cara.

En mi casa, diré, aunque ya no la sentía mía, teníamos teléfono y aproveché para llamar a Petra. Le di cita en el bar del Pasaje Dardo Rocha.

Conversación con Petra mientras desayunamos

Crucé la diagonal Ochenta y el olor de la ciudad me embriagó de ozono y azahares pero la pena del despertar, creo que soñé amarguras, disipó la fragancia y sentí frío de salpicadura de lluvia reciente y temblé. Cuando entré al bar ya estaba Petra ubicada en el mostrador y sentada en una silla alta y yo la imité, y le dije que estaba preocupada y tristísima. Petra ya había pedido los desayunos de café con leche y medialunas saladas. Con la boca llena inquirió qué te pasa a vos habla de una vez o me va a doler el estómago, y en realidad Petra sufría fuertes dolores de estómago seguidos de vómitos porque la infeliz tenía motivos suficientes para flotar en un lago de ascos y náuseas y yo me apresuré y le dije que a Betina le estaba ocurriendo algo más que serio y que me llamaba la atención que ella que siempre se adelantaba a todos los acontecimientos no se percatara y ella me aseguró que la notaba más gorda y que notaba que la sillita le incomodaba, pero que no deseaba ni pensar lo que yo iba a decirle porque de noche el fantasma del papero aquel se le aparecía capón y con las partes pudendas (ídem) colgando de los belfos bestiales que le servían de labios a su puerca bocaza y Petra hizo a un lado las medialunas y tomó la misma posición del *Pensador* de Rodin aunque en su mínima expresión.

Y me confesó que evitaba pasar cerca de Betina y que a Betina nadie le hacía caso porque significaba lo más pobre y espantoso de nuestra gens derrengada (ídem) y degenerada por el mal de ojo o por una enfermedad que se hereda y que uno de sus clientes la puso al tanto que se llamaba sífilis y que los descendientes de los sifilíticos nacen muertos o semivivos como todos nosotros pero que usando preservativo no había peligro de contagio y los hijos aunque nacieran sanos debían controlarse siempre porque en cualquier momento les corría una gota purulenta que en Europa le llamaban el mal francés y después de las guerras el mal militar y como yo nunca había oído esas porquerías-igual decidí pintarlas alegóricamente y reté a Petra porque anduvo contando por ahí nuestra desgracia y ella me contestó que no era vergüenza porque nosotros no teníamos culpa de la conducta de nuestros antepasados y me explicó qué significaba antepasados.

Volviendo al tema Betina noté que mi prima tembló y me retrucó Betina es tu hermana, Carina fue mi hermana, y yo igual le solicité consejo porque ella tenía más mundo y Petra susurró si yo creía que a Betina le ocurrió igual que a Carina y le aseguré que sí y por favor que me ayudara. Petra casi gritó yo no hago lo mismo ni por todo el oro del mundo y yo le auguré que hacer lo mismo significaría delatarse y terminar en prisión y que aquello ya estaba borrado de la memoria aunque no hubo nunca crimen perfecto y Petra juró que hacer justicia no es criminal.

Yo nunca pensé cometer un crimen y ambas pedimos otro café con leche y nos

dijimos quién habrá sido el degenerado que se metió con Betina porque si era soltero lo denunciaríamos para que se casara y si era casado, ¿qué?

Ya veríamos qué pero Betina pidió la cunita con alegría, sería porque a ella no le cabía la noción del pecado tan chiquita y horrenda supusimos que Betina tal vez ni se acordaría quién fue pero ella nunca salía de casa y ¿quién pudo hacerle la barriga que no fuera un hombre de casa? porque fiestas casi nunca hacíamos, Danielito era tío marido de Ingrazia y primo también lo mismo de mi mamá y cuando festejamos el cumpleaños ya tenía la barriga redonda no tanto como ahora pero bastante y resolvimos que esa tarde sacaríamos a Betina a pasear para que estrenara la silla y yo me encargaría de que al volver tuviera la sorpresa del dormitorio y la cunita.

La duda

De repente vimos entrar al bar al profesor con la mujer de ojos verdes Anita que vino al cumpleaños de Betina con su pareja el petiso Abalorio de los Santos Apóstoles, no resultaba raro porque el profesor José Camaleón dictaba clases en la zona y ella que hacía pasarela tenía casa de cosméticos cerca pero lo raro fue el respingo que dio el profesor cuando nos vio y nosotras llegamos a la conclusión de que el único hombre del cual no dudamos justamente era del profesor José Camaleón y sentí que mi corazón latía fuerte y yo transpiraba cuando recordé que muchas veces lo vi llevando a Betina a su habitación y Petra me dijo no nos apresuremos porque si lo que pensamos es, éste se manda a mudar con Anita del Porte la cosmetóloga y otras yerbas y nos quedamos haciendo papel de pavas y así fue que los saludamos cordialmente y seguimos hablando aparentemente de bueyes perdidos pero hablábamos de las ganas de cortarle el cogote al maldito que significaba la maldición que yo entré a mi casa desgracia de desgracias.

Llegamos a casa y no comentamos nada de lo visto en el bar y fuimos al dormitorio de Betina llamamos a Rufina para que la bañara y pusiera linda y cuando oyó linda Betina sonrió que casi se puso linda de verdad y en un momento dado pregunté a Rufina si Betina menstruaba y ella me dijo que no sabía que las personas del tipo de Betina menstruaran y que no pero yo sabía que le vino antes que a mí y que si ya no sin duda estaba embarazada y pregunté a Rufina cuántos meses bañaba a mi hermana y ella pensó un rato y contestó que seis o siete, mejor siete y yo hubiera querido aplastar a Rufina que nos miraba desde tan alto que ni siquiera nos consideraba mujeres capaces de tener bebés en la barriga.

El primer paseo de Betina en la silla decorada significó la mayor alegría para ella mientras Petra y yo nos desbarrancábamos de tristeza.

Petra consideró la necesidad de hacer una reunión de familia especialmente para enterar a mamá de la peligrosa situación de Betina porque siete meses de embarazo dentro de un cuerpecito tan pequeño no podría solucionarse y yo sentí íntimamente el consuelo de que no estuviera tía Nené que por el honor de la familia hubiera propuesto alguna monstruosidad que nos hubiera superado a todos nosotros y llegó la hora del almuerzo y decidí quedarme porque haría falta y yo sabía que cuando algo me molestaba hablaba con mayor fluidez y llegaba a la conclusión de que pronto no necesitaría más al diccionario fuente de tanto saber y que me instruyó aumentando mi capacidad intuitiva y a veces conceptos clarísimos afloraban sin tener necesidad de agregar ídem o sea que provenían del diccionario y significaba que al pasar algunas páginas buscando el significado de un vocablo otras palabras se aclaraban y yo tenía conciencia de que alguna vez sería como todos en el arte de hablar.

Llegó José el profesor y en mi interior lo ubiqué al lado de Anita él me miró temiendo que contara lo que ustedes saben pero no.

Estábamos en octubre pero el profesor traía un pan dulce y golosinas navideñas y no pongo ídem ni diccionario porque voy sabiendo bien, y traía un pollo de rotisería que perfumaba a su manera el ambiente y dijo que lo pondría en el horno para que se calentara y Petra dijo que a horno bajo de otra manera se quemaría. Petra fue a la cocina tras el profesor a pelar papas y batatas, a las batatas sabía cocinarlas acarameladas y a mí me gustaban más que el pollo y todo lo que hacía Petra era bueno y rico menos y que me perdone la crítica el trabajo más antiguo del mundo que ejercía o por la calle o en ese lugar donde atendía a seis o siete. Estoy tratando de que al puntuar o poner coma no me haga ruido por dentro la cabeza, el cerebro y creo que a fuerza de voluntad lo voy consiguiendo y si los ejercicios que hago leyendo un texto especializado en casos como el que padecemos en mayor o menos minusvalía casi todos en la familia, solucionaré estas molestias que deben entorpecer la lectura de lo que escribo y a usted lector a quien pido mil perdones y que si es creyente me perdonará porque dice el cura perdona para que dios perdone y todavía no manejo las mayúsculas a causa de los escollos de los puntos y muchas nociones que desconozco pero repito que con voluntad todo es posible y usted se dará cuenta de que me explayo porque lo que ocurrirá durante la reunión no sé en qué va a terminar y en el fondo de mí, siento miedo.

Mamá estaba sentada debajo del parral de uva chinche con la mirada vacía perdida parecía una estatua de yeso cachado. Ella había trabajado bien de maestra y con el puntero enderezó a más de uno y la jubilación la acható, la convirtió en una cosa sin alma pero cuando andaba yo me fijaba a ver si el alma se le salía como antes a Betina y no de manera que mamá sólo estaría triste y sin ganas de moverse porque pasaba los días bajo el parral mirando nada y si alguien le hablaba sonreía con risa de bebé porque ya ni se ponía los dientes postizos que estaban en un vaso y me causaban repulsión pero nunca lo dije y esta vez me acerqué a mamá y le pregunté si almorzaría dentro de media hora más o menos y me dijo que sí que almorzaría y aproveché para decirle si vio el dormitorio que yo le compré a Betina y ella dijo que para qué me había puesto en gastos y le agregué algo quemante cuando le pregunté qué le parecía cómo estaba Betina y ella sacó del bolsillo del batón un pañuelo y se puso a lagrimear. Pregunté mamá por qué llora y ella con los ojitos rojos contestó que yo sabía por qué, y mentí que yo no sabía y que si quería que le alcanzara los dientes para comer los iba a desinfectar y se los traía y ella dijo no.

Cuántos éramos a la mesa además de mamá... el profesor, Petra, Betina y yo como verán ya uso más comas y la cabeza, el cerebro no me hace ruido.

Me olvidé de Rufina que comería sentada al lado mío a pedido mío y yo sabía por qué.

Rufina puso el mantel de hule y los platos grandes, los vasos, los cubiertos que

nunca se usaban y que mamá guardaba para cuando alguien se casara o bautizara o cualquier ceremonia importante dentro de la familia y Rufina puso una mesa linda porque Petra se lo pidió y yo asentí y le indiqué que cualquier cosa que ordenara Petra ella cumpliera porque mamá ya no servía con perdón de la palabra para nada y sólo servía para estar sentada mirando nada con cara de yeso cachado.

Rufina nos sorprendió poniendo el florero en medio de la mesa con un ramo de azucenas que ella compró de su dinero y nos sorprendió tanto que la expresión de ah... fue unánime y en eso llegó el profesor con la sopera porque en casa cuando comíamos en familia, diré, antes se tomaba sopa que servía mi papá lástima que casi su figura se me borró pero recuerdo vagamente que servía la sopa de la sopera y desde que nos abandonó, esa costumbre perdida era como una leyenda que recién en este momento aparecía saliéndose de tantas sombras que el hecho parecía un sueño recuperado, pero hubiera sido un sueño recuperado si papá esgrimiera el cucharón y cuando el cucharón vino hacia mi plato di vuelta el plato y el profesor preguntó por qué y yo le dije que la sopa no me gustaba y él prosiguió llenando los platos de los demás con ademán de padre de familia.

El profesor y Petra iban y venían sirviendo y Rufina tomaba vacaciones que yo sabía merecía y ya sabrán por qué.

Trabajosamente mamá se aproximó a la mesa y se ubicó a la cabecera, sorbía la sopa ruidosamente, la falta de dientes convertía el almuerzo de mamá en un sacrificio y en un asco para mí y no sé si también para los otros.

Mientras sorbían la sopa de fideos se oía desde la cocina el ruido de platos y las voces de Petra y del profesor y yo le dije a Rufina que había llegado el momento de nuestra incursión y pedimos permiso yéndonos hacia la cocina y yo pregunté por qué el acaloramiento de Petra y del profesor que se quedó de una sola pieza y callado y Petra me dijo ahora tomá vos la palabra y seguidamente Rufina para poner fin a este asunto desagradable. Directamente encaré al profesor llamado José Camaleón y así fue como lo encaré acusándolo de violación de una menor discapacitada que ya llevaba siete meses de embarazo y él me dijo que Betina tenía dieciocho y creía que no era menor y yo insistí en que sí y en cuanto a la discapacidad un juez podía asegurarlo con sólo verla y él iría a parar a la cárcel y aparecería en los diarios en primera plana y Petra le propinó un golpe de espumadera por la cara que sangró y él limpió con el trapo de rejilla y Rufina, mintiendo, dijo que Betina le había contado que él la había agarrado como a un animalito y le había hecho doler la cotorra y que desde entonces ya no menstruó y dijimos que íbamos a hacer la denuncia a menos que él, a los postres y brindando con champagne, anunciara el casamiento de él con Betina y el profesor dijo que tenía novia y era Anita y Petra le asestó otro espumaderazo en la carota que lo sentó de trasero en un banco de la cocina.

El sujeto que yo permití entrar en casa, ese canalla, no obstante a mí me ayudó pero eso era historia antigua, lo de hoy era historia contemporánea y el profesor se vio

sin cátedra y peor, se vio detenido por pedófilo. (Ya casi no uso el diccionario.)

Déjenme pensar... déjenme pensar rogaba el sujeto o profesor que desde ahora llamaré sujeto y le respondimos en trío que no que todo estaba decidido y que habíamos pedido turno en el Registro Civil y que nos dieron para el dos de noviembre y pensé, vaya qué fecha... es el día de los muertos y ya estábamos a mediados de octubre y Betina entraba en el octavo mes y el sujeto preguntó si dimos el nombre de él y le comunicamos que habíamos diligenciado un casamiento civil para el próximo dos de noviembre asesoradas por un escribano amigo que vigilaría si todo se cumplía reglamentariamente y el sujeto interrumpió su recapacitación y aceptó, y Petra le dijo hijo de puta que no se te ocurra escapar porque la policía está avisada y yo tengo un amigo comisario.

Segundo brindis

Petra había copiado en su agenda el número de teléfono y dirección de Abalorio de los Santos Apóstoles y su novia Anita del Porte que ahora el sujeto decía que era su novia y nos pusimos de acuerdo para llamarlos a la hora del brindis con cualquier motivo inventado, ya se nos ocurriría, por ejemplo mi cumpleaños. Teníamos que cercarlo por los cuatro costados al sujeto José Camaleón —y lo haríamos— y después de que se casara con Betina decía Petra que se fuera a la mierda.

Trajeron a Betina vestidita como una nenita, de plumetí rosa y moñitos en la cabeza que le recogían de ambos lados el escaso cabello rubio. Los zapatos de presilla, infantiles, color blanco hacían juego con las medias blancas, cortitas; casi no tenía piernas y yo sentía una pena mortal que no me desbarrancaba porque en mi bolsillo tenía el estuche con el anillito de compromiso para la novia que llegado el momento el novio regalaría con las palabras ceremoniales de los compromisos.

En la silla nueva ayudada por mamá que parecía haberse humanizado trataba de no salpicarse el vestidito con la servilleta rosa atada al cuello y los pequeños ojos le brillaban porque le habían pintado los labios y las increíblemente deformadas uñas.

Y fueron pasando los platos traídos por Petra y Rufina que ya estaba cumplida con lo declarado. El sujeto comía con desgano y como se acercaba el brindis, trajeron las dos botellas de champagne obsequio de aquellos dos primos que vinieron y partieron enseguida y cuyos nombres nunca acerté y supe quiénes eran porque mamá que habló y dijo que hacía más de veinte años estaban finados insistí en que los vi y que las dos botellas estaban guardadas por Petra y no se habló más del tema.

Petra alerta observaba la puerta porque llegaría el momento solemne del brindis y aún no llegaba la pareja de Anita y Abalorio que llegó trayendo un paquetito de obsequio para la del cumpleaños, yo, que lo recibí y agradecí desapareciendo y lo dejé en mi habitación. Se sentaron juntos formalmente y Petra y yo que los vimos así de formales en una ocasión y que después vimos a Anita como ustedes ya saben, no les quitábamos los ojos de encima y el novio que debía denunciarse como tal estaba más pálido que una calavera del museo.

El fin de todo es el postre y una vez pensé viendo a un señor difunto en el ataúd rodeado de esa gran servilleta bordada o algo así, que parecía un postre que se le ofrecía a alguien y me enteré de que cadáver significa carne dada a los vermes y me dije que el gran postre o señor de la gran servilleta alrededor era eso, pero comprendo que soy mal pensada y que no hay que burlarse de las costumbres piadosas y me arrepiento pero es así lo que parecen los finados una ofrenda y cuando me muera ya pedí que me cremen porque a los gusanos les tengo repugnancia aunque ellos no pidieron nacer gusanos y les tocó, pero igual me dan náuseas y el postre de Betina me

trajo a la memoria la paquetería póstuma de aquel buen señor y empezaron a trozar el postre.

Petra fue a buscar las botellas de champagne que había guardado para descorcharlas cuando alguna se casara seguro que no pasó por su cerebro que sería Betina y yo ayudé a llenar las copas y propuse un brindis y levantando mi copa dije vamos a brindar por el casamiento de Betina con el profesor José Camaleón que se llevará a cabo por ceremonia civil el dos de noviembre a las once de la mañana en el Registro Civil y como ya le había dado al novio el anillito él metió la mano en el bolsillo y le colocó el anillito en el anular de la mano izquierda a la novia y la besó ligeramente en la mejilla y ella gritaba sí... sí... sí...

Y yo seguí después de felicitarlos diciendo que pronto Betina sería mamá y que si se fijaban en la barriga de ella se darían cuenta de que le faltaba poco y que aunque el novio era algo viejo igual serían dichosos y en ese momento Anita se desmayó en brazos de Abalorio de los Santos Apóstoles que no pudo soportarla porque lo superaba en altura y peso y los dos cayeron al piso con gran estrépito y rompieron dos copas.

Anita del Porte se levantó y Abalorio también inocente creyó que Anita se había emocionado y prefirieron irse en el viejo auto de ella y Betina seguía gritando sí... sí... sí...

Mamá estaba dormida y creo que no se enteró de nada porque tomaba pastillas tranquilizantes, Rufina, Petra y yo nos chupamos casi todo el champagne de los misteriosos primos que dejaron las botellas y partieron y que según mamá estaban difuntos hacía mucho tiempo y que nunca pudieron ser ellos los que trajeron las botellas. Rufina y el sujeto profesor levantaron la mesa, Rufina cantaba.

Ahora dije al novio de Betina tiene que llevar en brazos a su futura esposa al dormitorio que yo le regalé y verá que la cama es para dos y como usted prácticamente ya es esposo puede dormir junto a ella y cuidarla durante la noche así Rufina descansa.

Betina levantó los seudopodios con manos y dedos ungulados para que el novio la alzara y él la levantó y la llevaba al dormitorio y Rufina le avisó con voz alta que después limpiara la silla cosa que ella ya no haría porque la pareja debe cuidarse el uno a la otra y lo que había en el receptáculo abajo de la silla nueva era grande porque al crecer la minusválida hace todo crecido y que él tenía obligaciones irrenunciables y que cuando fuera a dictar clases si quería que ella limpiara a la señora Betina debía pagarle porque ella trabajaba para una familia y no para dos y a todo dijo sí el novio con Betina en brazos hasta que la llevó al dormitorio nuevo y fatigado de tanto trabajo y emociones se dejó caer al lado de Betina luego de cubrirla con una manta y se durmió.

En el Registro Civil

Todo llega y todo pasa y pienso que el bebé de Betina llegará y pasará y cuando digo pasará me da un tembleque como el que padece mamá y empeoró después de la jubilación y la familia casi toda por no decir toda padece de tembleque o mal de Parkinson, qué horror, a nosotros no nos falta nada creo que nos falta un poco de caridad celestial y de esa caridad hablaba el cura del catecismo de la comunión y llegó el dos de noviembre.

A las ocho de la mañana Rufina, Petra y yo estábamos levantadas para ocupar primero el baño que ya había ocupado el novio porque fue a dictar sus clases y regresaría a las diez.

Última la arreglaríamos a Betina para que estuviera fresquita y para ver si no se hacía encima las necesidades que ustedes saben porque nos gustaba aunque nos pareciera imposible llevarla sin la silla... pero cómo...

De mamá no nos preocupábamos porque estaba tan entontecida que habitaba otro planeta así que no la despertaríamos.

Aparte ya avisamos a Abalorio de los Santos Apóstoles y a su pareja Anita del Porte Cavallero que los anotamos para oficiar de testigos y aceptaron por teléfono.

Pensé que la comparsa viajaría hasta el Registro Civil en dos autos, uno de ellos el de Anita del Porte Cavallero, agrego que el último apelativo lo solicitó ella porque le parecía distinguido y yo pensé que si se casaba con Abalorio su tarjeta tendría la extensión de una serpentina Anita del Porte Cavallero de De los Santos Apóstoles y se lo comenté y ella me hizo saber que todavía no había completado los trámites de su divorcio y seguía aunque separada llevando el apellido de su marido que era Bragettini Méndez... y bueno... tendría paciencia... y yo le acoté que si por casualidad no había pasado por su mentalidad otra idea y que si había pasado con respecto a mi futuro cuñado la borrara o entre Petra y yo se la borraríamos y la mujer de ojos verdes me calificó de conventillera pero no me llegó porque la pobre gente de los conventillos suele ser buena y ella convivía con un infeliz al que corneaba ahora y cornearía después y sentí pena por el dócil o algo así Abalorio de los Santos Apóstoles a lo que agregué Amén.

A las diez de la mañana llegó mi futuro cuñado que ya estaba vestido de novio y perfumado Atkinson. Petra lucía un trajecito a rayas que la aparentaba más alta y un sombrerito tirolés que también la aparentaba más alta, Rufina llevaba un vestido de tela gruesa con un cuellito de piel y guantes y yo un trajecito inglés príncipe de gales calzábamos zapatos de taco no muy alto. Petra calzó taco aguja. El sombrero me aplastaba el peinado de rulos. Me lo saqué. Me olvidaba de escribir que Rufina tampoco llevaba sombrero porque se hizo la permanente y deseaba lucirla.

Arreglamos a la noviecita con un vestidito largo y blanco de tela muy delicada, zapatos blancos y medias de seda y un tul de ilusión cortito sobre la cabeza y la pintamos, no mucho, discretamente.

En eso estábamos cuando sonó el teléfono y los testigos avisaron que irían directamente al Registro Civil a la hora establecida y a la hora establecida aparecimos todos y ya estaba la señora del Registro Civil que no pudo disimular cierto asombro cuando vio a Betina en brazos del novio porque Petra y yo opinamos severamente que la silla en el Registro Civil significaba mal presagio y el cuñado cumplía al pie de la letra cuanto le proponíamos.

A las preguntas reglamentarias de aceptación o no, el cuñado respondió sí y Betina también y lo hizo normalmente tanto que la señora del Registro Civil sonrió creyendo que la criatura padecería sólo deficiencia somática y después firmaron los novios eso sí con dificultad Betina que ni aprobó el tercer grado pero que con Petra le hicimos ensayar durante varios días y al final la pareja de marras que dijeron que estaban apurados y debían viajar a la Capital y nosotros fuimos a casa de vuelta sin fiesta porque Betina ensució el vestidito de ella y el saco perfumado de él.

Decidí salir a hacer lo de siempre, a pintar en Bellas Artes, a comer en el barrito del Pasaje Dardo Rocha y a olvidar que conocía al profesor José Camaleón, en una expresión a perfeccionarme todo lo posible para sobrevivir y en todo caso si juntaba unos pesos más compraría un departamentito de un solo ambiente y si Petra aceptaba que viniera a vivir conmigo porque yo intuía que Petra era lo mejor de aquel aquelarre de aquellas medias palabras de aquellos temblores y babosidades de aquellos recuerdos de golpes de puntero de la infancia de aquella madre sin alma de aquel padre sin memoria y de la reciente pareja despareja...

Trataré de aprender a colocar comas y puntos porque todo lo escrito se me viene encima como si me volcara un plato repleto de fideos sopa de letras y al lector acaso le ocurra lo mismo pero todo de una sola vez no puedo y también tengo que aprender el tema de mayúsculas y acentuaciones yo terminé sexto grado y gracias a mi capacidad artística ahora concurro a conciertos, reuniones de plásticos y he obtenido varios premios de pintura.

A veces recuerdo cuando saltaba sobre aquel profesor que ahora es mi cuñado cuando me felicitaba y alentaba pero los acontecimientos cayeron como balaceras inesperadas y creo que no he cometido ingratitud hacia el profesor porque Betina merece ser respetada y supe que dentro de un ser aparentemente bondadoso puede ocultarse un monstruo miserable y pedófilo y aquí termino de cerrar otra herida sumada a muchas que nunca he confesado porque lo que no se cuenta es como si no hubiera ocurrido.

Caía ya el crepúsculo y me quedé en el barcito cuando llegó Petra y me dijo que mamá no se sentía bien y la llevaron a la clínica.

Y bueno... paciencia... vení a cenar conmigo después veremos.

Mamá falleció en la clínica y la hicimos llevar directo a la funeraria como se estila.

Después la acompañamos al cementerio y vimos cómo le echaban tierra sobre el ataúd.

La hora esperada de Betina

Había decidido desentenderme de cuanto ocurriera en mi casa que consideraba desde ahora de Betina señora y futura madre, Petra me dijo no te calentés Yuna, esperá a ver cómo sale Betina del parto si es que sale... y yo casi le doy una cachetada porque nunca pensé que a Betina pudiera pasarle algo que no fuera parir como lo hacen todas las mujeres y Petra me aclaró que mi hermana distaba mucho de ser como todas las mujeres y que hiciéramos las diligencias referente a la herencia de mamá teniendo en cuenta que un ajeno estaba entre nosotros y buscamos un abogado amigo entregándole títulos y documentos que certificaran la potestad de los escasos bienes como de mi propiedad y aquí Petra aseguró que dada la enorme minusvalía de Betina todo me correspondería y que dejara en sus manos el diligenciamiento que ella por el ejercicio de la profesión más antigua poseía poderosos contactos. Y yo acepté.

Voy a contar algo que me ocurrió hace bastante cuando buscaba huevos entre los pastos del campito y que nunca pude olvidar y es la única crueldad que he cometido.

En el tronco rugoso de un árbol estaba adherido un capullo y como faltaba mucho para el verano y esa tarde hacía frío, traviesamente y abocinando el aliento de mi boca entre las dos manos calenté el lugar donde estaba pegado el capullo y noté que al rato se abrió y salió un gusanito rosado como un bebé y yo dejé de alentar y el gusanito cayó muerto de frío, engañado por mi maldad y de otra manera hubiera sido al llegar el verdadero tiempo caluroso una mariposita y comprendí que cometí un crimen contra la naturaleza y lloré de noche muchas noches.

Esto ya se estaba esfumando de mi memoria y no sé por qué, cuando llevaron a Betina a la clínica volvió como si recién hubiera ocurrido pero nada es por casualidad y todo tiene una raíz común y ustedes comprenderán que casi domino el idioma aunque en algunos puntos decaiga pero paso a paso voy adelantando. Ténganme paciencia porque sigo con el caso Betina y yo no estuve cuando la llevaron a la clínica y la llevó el marido, mi cuñado y padre de la criatura y fue también Rufina y cuando nos enteramos Petra y yo también pero nos quedamos sentadas sin acercarnos mucho porque estábamos muy angustiadas y vimos salir de la habitación del parto a una enfermera que llevaba sábanas ensangrentadas y corría por el pasillo.

La historia del gusanito rosado víctima de la intemperancia en ese momento fue lo único que ocupó mi cerebro que advertí interrumpió una canción de cuna de Brahms que sonaba en mi cajita de música y que compré para regalársela a Betina cuando el bebé nacido llorara y así se adormilaría acunado por la preciosa melodía. Pero la melodía se me interrumpió de pronto como si la cajita que yo guardaba para regalo hubiera explotado y salió como explotado de la sala de partos mi cuñado y lloraba.

Petra y yo callamos y el hombre lloraba secándose las lágrimas con un pañuelo a cuadros muy ordinario y fui hacia él que quiso abrazarme y lo rechacé y me dijo y a Petra también que el bebé nació, lloró apenitas y enseguida murió porque dijo el doctor que era prematuro y padecía ciertas malformaciones y en cuanto a Betina ¿qué?

Betina quedó muy débil y supusieron que no se dio cuenta que había perdido al bebé y que sería mejor no decírselo así se recuperaría... o vaya a saber qué...

Demasiados qué...

Petra quiso ver a Betina y yo la seguí dentro del ambiente del crimen del campito como aprisionada en un marco del cual no podía salir y Petra lloraba como una campesina tanto que le pidieron que no hiciera ruido que despertaría a los enfermos graves y ella de manera brusca espetó que la enferma más grave era Betina y volvieron a retarla y se calló y así entramos a la sala de partos donde Betina aparecía colgada de lianas plásticas por donde bajaba sangre y otros líquidos y digo lianas recordando el campo y aquello que ya conté pero al bebé no lo mostraron.

Yo me alejé y encaré con cara simpática a una enfermera a la que di cincuenta pesos para que me informara sobre el bebé y le dije que se trataba de un sobrinito y ella trajo un frasco dentro del cual flotaba algo semejante a un bebé pero que no era del todo y le pregunté si tenían derecho a tratar así a un recién nacido y la mujer me dijo que por ser digno de estudio sí tenían derecho y más con permiso del padre. La madre no contaba por ser minusválida absolutamente y siguió por el corredor con la pieza anatómica que serviría de estudio en las clases de neonatología.

Petra quería protestar y la paré porque ya tuvimos demasiados funerales y ciertamente lo que flotaba en el bocal significó para mí heráldica familiar y ustedes comprenderán qué términos importantes ya me pertenecen gracias al diccionario.

Dijeron que Betina debía permanecer internada unos cuantos días y yo hice oídos sordos porque ya había colaborado bastante y ahora le correspondía al padre y Petra estuvo de acuerdo, no así Rufina porque no tenía dónde ir si dejaba la casa que fuera de mamá y ahora sería mía y por qué no también de Betina aunque esto lo guardaría bajo siete llaves.

Dejamos la clínica y al marido con la esposa y Rufina. Petra y yo iríamos a cenar, después al cine y después buscaríamos un lugar de alquiler hasta tener lo suficiente para comprar un departamentito de un solo ambiente.

Color de invierno

Llovía cuando dejamos el bar y torrenciaba cuando entramos al restaurante. Estábamos caminando un tiempo absurdo que parecía huido de los almanaques porque a fines de noviembre ya casi se define la temporada veraniega pero en la ciudad la humedad confunde histéricamente con los imprevistos y si llevás paraguas no te hace falta si vas sin abrigo tenés frío y si te abrigás te sofoca el calor... vaya ciudad la nuestra expuesta a todos los vientos que varían temperaturas y deseos de caminar o sentarse en un banco de la plaza a meditar y si caminás por el bosque y con la punta del pie levantás la greda sentirás humedades arcaicas como si a la fuerza se hubiera edificado La Plata encima de terrenos no aptos y por necesidades políticas o no sé por qué ya que nunca me entró la historia y lo único que sé es que me gusta la ciudad húmeda y amenazante donde no nos une el amor sino el espanto en el verso de Jorge Luis Borges ese poeta que me seduce por la forma de expresarse que lejanamente se parece a mi forma de expresarme o yo a él por respeto. Una vez lo vi caminando apoyado en el bastón y trastabillaba contra el pedregullo en la Capital y miraba con ojos vacíos de muerto y me dio impresión y pensé que no era Borges sino el fantasma de Borges y crucé la calle porque noté que ya el alma se le estaba deslizando y la arrastraba tristemente y murió después durante un viaje y ya no está en el país porque está enterrado en Suiza.

Y esa figura licuada de lluvia, diré, tanto se asemejaba a mis penas que me hizo temblar como si padeciera el mal de Parkinson familiar. Después el dulce fantasma nunca volvió a visitarme porque no me conocía y es una de las pérdidas que me apenan pero ahora estoy con Petra.

Fuimos a cenar cerca de la estación del ferrocarril y después buscamos en un hotel próximo al lugar una habitación para dormir porque yo no quería volver a casa. Y nos bañamos en un baño cómodo y nos despertamos para desayunar ahí mismo aunque en la planta baja y después convinimos con el señor del hotel que volveríamos porque estábamos buscando un lugar fijo para establecernos y Petra que tenía muchos conocimientos me llevó a una agencia donde ofrecían alquileres bastante baratos y no muy alejados del centro de la ciudad v yo le dije a Petra que fuéramos al banco donde yo ahorraba a fin de extraer lo suficiente para un alquiler de un mes y después veríamos.

Elegimos un departamentito de un ambiente, ya amueblado. Pagué la cuota establecida y Petra fue a casa a buscar ropa y mis papeles, cartones y telas y demás, Petra nunca olvidaba nada y fue a su casa a avisarle a la madre, tía Ingrazia, nuestra decisión y me contó que su papá tío Danielito insistió en que podíamos ir a vivir con ellos y quedó en comentármelo y lo hizo y dije que si ella deseaba quedarse con sus

padres que fuera pero yo no me movería del departamentito y ella aceptó de buen talante acompañarme y fuimos acomodando todo y enseguida me puse a pintar una tela comenzada antes de los desastres que ustedes conocen.

Más aún, cuando vino el dueño le dije que me gustaría adquirir el inmueble y cuando vio la tela me reconoció Yuna Riglos caramba pero sí... y me propuso comprar el cuadro cuando lo terminara porque él también pintaba pero por afición y sin pretensiones.

A veces la suerte me acompañó sin buscarla y esto fue lo que ocurrió con el tema del departamentito que el dueño aficionado a pintar sacó los muebles que estaban y yo hice trasladar los míos que eran menos y daban cabida a la mesa de pintura y demás.

Nos atacó una semana lluviosa otoñal que aumentaba la carga de recuerdos y empezamos cada una de nosotras con las actividades pertinentes y lo único que le exigí a Petra fue que nunca hiciera alusión al pasado reciente que yo quería percibirme nueva recién venida al mundo como si naciera de un gran huevo, quería ser un ave diferente. Cuál elegís me preguntó Petra y yo elegí la golondrina que va y viene y nunca para definitivamente en sitio alguno y que ella hiciera lo que quisiera y además que no dilapidáramos el dinero obtenido como fuera y que no nos importara el entorno porque lo único importante éramos nosotras y ella entendió y me calificó de sabia y que siempre me haría caso y yo le retruqué que yo también le haría caso pero que no nos sintiéramos como siamesas y le expliqué qué significaba siamesas y ella volvió a entender.

Haríamos una cuenta aparte en el banco para depositar todos los meses y terminar de adquirir el departamentito y Petra también aceptó.

Cuando pintaba al atardecer aparecía el dueño del inmueble y solicitaba permiso para sentarse y yo le dije que no hablara porque me interrumpía y el buen señor cumplió y cuando volvía Petra nos invitaba a cenar, lo que significaba un ahorro.

Pero yo debía asistir a Bellas Artes y la primera vez que me encontré con mi cuñado temblé un chucho frío polar que disimulé cuando mi cuñado el profesor José Camaleón se me acercó quedé dura de una pieza y algo me comunicó que no entendí porque cuando no deseo oír no oigo y el profesor bajó la cabeza y siguió su andar en dirección al aula y yo conté los meses que me faltaban para terminar el último curso que eran dos y no volver a pasar ni por la esquina de aquel lugar que tanto había amado. Y llamó mi atención la palabra amado que fue la primera vez que pronunciaba y seguí mi camino en dirección contraria a la del profesor José Camaleón. Nunca supe ni me interesó lo que me dijo.

Mis cuadros requeridos en galerías y sitios jerárquicos de exposición volvían loco al dueño del inmueble donde habitábamos Petra y yo, quien me propuso saldar lo que faltaba para la adquisición del inmueble si yo le facilitaba la adquisición de una tela titulada *Sauces en el invierno*. Naturalmente acepté y Petra trajo a un escribano cliente de ella ya saben por qué, y todo se realizó en la escribanía formalmente y el

escribano felicitó al ex dueño del inmueble por la elección de un Riglos y que lo consideraba ganancioso proponiéndole que colocara en el departamentito aire acondicionado y el señor ex propietario aceptó y fuimos a cenar todos a un restaurante próximo al hipódromo para celebrar el acontecimiento.

El señor ex dueño merece que lo describa porque su gentileza fue mucha y nunca sabrá cuántos problemas me solucionó. El señor era de estatura mediana y muy morocho, el típico señor comerciante en su caso mechado con artista plástico lo que resulta extraño pero así ocurría y vestía bien siempre con diferentes trajes y camisas, corbatas, zapatos de marca (se notaba) y todo de primera clase con un chocante anillo chevalier en el dedo meñique que movía demasiado para que el diamante brillara.

Tenía dos autos y no me pregunten las marcas porque de autos no sé nada y nos llevaba, cuando nos invitaba, en el más lindo porque deseaba deslumbrarnos, a mí no, a Petra sí, pero le dije a Petra que no quería líos con este señor y que contuviera sus costumbres porque de otra manera el señor nos perdería el respeto. Y ella si alguna vez pensó hacer lo indebido bien que se cuidó y cuando las invitaciones arreciaron yo fui poniendo inconvenientes de trabajo y desde entonces menudearon. Pero el señor cuyo sobrenombre era Cacho igual venía los atardeceres a verme pintar y yo le propuse retratarlo, pero que no creyera que el retrato sería común sino de acuerdo a mi estilo y aceptó emocionado y me besó la mano. Después me la lavé.

Y Cacho venía los viernes a las siete de la tarde a posar. Venía con un traje blanco y camisa rosa sobre la que caía la corbata blanca. También los zapatos eran blancos. Yo estilizaría el conjunto, su cara de italiano oscura sus manos de trabajo gordas y esa postura que adoptan para, ellos creen la eternidad, aquellos que nacieron pobres y se enriquecieron sin llegar a un nivel social por ellos soñado. Yo lo haría de nuevo al buen Cacho Spichafoco, su apellido, y él me adoraría como al lucero Venus, yo ya entraba en un campo cultural aceptable y tanto que en Bellas Artes me ofrecieron suplencias porque el profesor José Camaleón ya se jubilaba. Acepté porque ya dominaba bastante la palabra hablada y trataría de hablar lo menos y pintar lo más.

Una nueva amistad que puede durar

Cacho, cuyo nombre era Carmelo y ya conocen ustedes el apellido que a mí se me representaba como un dragón echando fuego llegó puntualmente a posar cuando yo venía de dictar mi primera clase en Bellas Artes que resultó bien y estuve midiendo mis palabras y locuciones antes de expelerlas como lo haría el imaginado dragón Spichafoco. No era notable la inscripción de modo que me animé a ilustrar con tiza de color algunas expresiones atinentes a estilos y amaneramientos de artistas de acuerdo a los tiempos y me emocionó cuando advertí que los alumnos tomaban apuntes con seriedad respetuosa pero debo confesar que cuando sonó el timbre respiré pero desde la primera clase ya resultaría más factible estar al frente del curso con naturalidad y sin temores íntimos, ocultos que pudieran estallar en cualquier momento y que los alumnos se dieran cuenta de que quien intentaba instruirlos era una minusválida reeducada y sacaran ventaja de mi natural desventaja.

Qué hermosa juventud pensé para mis adentros... sanos y flexibles como cañas frescas a orillas del río, pálidos o sonrosados y qué ojos naturalmente humanos en sus rostros capacitados por obra de ser bien nacidos y qué manos... pintaría una tela bajo el encantamiento de esa pequeña población de ángeles, de hadas, de caballeritos gentiles que me traían al presente grabados y pinturas de los museos visitados y de los libros de arte que ilustraban sus páginas satinadas con personajes así sin duda nacidos de la pareja humana enamorada y sin concupiscencias y sin incestos que hacen pudrir el fruto en la rama regada por sangres repetidas inmundas y pantanosas. Así los vi salir a la calle sin dificultad dueños de la vida y regresé al osario, al funerario estadio familiar in mente.

Tendría que domeñar la bestia hirsuta que arañaba mis entrañas porque yo no era la excepción sino la posibilidad de evasión de un circo extravagante, de una desgraciada pléyade, de un océano de líquidos fatigados y murientes, sí, debía triunfar encima de toda esa barbaridad de excrementos y deformidades y lo haría al menos mientras me ayudaran las fuerzas vitales de la juventud. Los esfuerzos no significaban insignificancias sino horas sin dormir aferrada a libros no sólo de literatura y plástica, también de ciencia anatómica y conversaciones como quien no quiere la cosa con experimentados en sujetos anormales y así la vida mía transcurría y cada clase o encuentro con alumnos y profesores representaba un gran esfuerzo y un temor y después un suspiro de alivio porque ninguno supo mis padecimientos acaso superados por la calidad de mis cuadros que año tras año valían más y eran comentados en primeras planas junto a otros valiosísimos. Pero el temor a la caída nunca me abandonó porque yo era descendiente de una gens degenerada y maltrecha.

Cacho se dio cuenta de mi fatiga y yo le dije que venía de dictar clase pero que

fuéramos al bar a tomar algo fresco que yo invitaba y Cacho o Carmelo gritó que no faltaba más y que él invitaba y salimos. Un emparedado de jamón y un espumante y Carmelo pidió cognac y antes que le calentaran la copa me di cuenta de que trataba de mostrar su calidad de gente. Y me preguntó si no me gustaba el cognac y respondí que nunca bebía alcohol. Enseguida volvimos a mi departamento donde ya estaba Petra preparando la cena. Carmelo ponía en su rostro recién afeitado, de bigote recortado, expresión bizarra que casi me causó risa pero aguanté. Pinté bastante. Cuanto antes terminara el retrato mejor porque las clases exigían horas de preparación de modo que retraté a CarmeloCacho tal como era aunque con mayor finura de rasgos y expresión. Le prometí el retrato para la semana siguiente y lo cubrí con un lienzo. Pero el tímido modelo no solicitó verlo.

Petra seguía cocinando una comida sencilla de ravioles y carne. Había comprado un postre en La París, nuestra confitería más cercana, y me llamó y fui a la cocina y Petra me dijo si yo permitía invitar a Cacho. Le dije que sí pero que no volviera a invitarlo y en cuanto a invitaciones ya bastaban las que nos ofreciera el señor. Petra entendió. Más tarde hablaríamos seriamente.

Petra invitó al silencioso, ahora, Cacho o Carmelo, quien aceptó. Noté cuán feliz se sintió y pidió permiso para comprar ¿vino o champagne?, le dije que no bebíamos ante la expresión decepcionada de Petra que sí bebía, pero él insistió porque el olor de los ravioles incitaba a su itálica naturaleza a chupar uno o dos vasitos y no me pude oponer mientras dije a Petra vos tomás bebida sin alcohol y nunca te opongas a lo que yo dispongo y sé por qué lo hago y ella aceptó.

Empezamos a cenar y Carmelo alabó los ravioles que Petra dijo que los había hecho con relleno de verdura y que el tuco era también de su autoría pero yo sabía que en el bolso de la basura estaba la caja de los ravioles comprados y la cajita del tuco y sentí que algo se proponía la liliputiense cuya picardía la excedía en varios metros y Carmelo agarró pan de la panera y mojaba glorificando el sabor que le recordaba al tuco que hacía su mama italiana porque ellos los Spichafoco eran sicilianos y muy afectos a la pasta y devoraba con ansia la mentida elaboración magistral de Petra que ignoraba lo peligroso que es mentir a un siciliano, aunque fuera sobre pasta. Después aclararíamos muchos puntos oscuros cuando acabara el ágape. Los lectores admirarán mis adelantos en escritura aunque todavía no acierto puntuaciones pero prometo corregir lo de las puntuaciones y deben disculparme porque todo a la vez no es posible y en poco tiempo he corrido tanto como Maratón. Creo ser culta. Seré más culta si mi naturaleza endeble lo permite.

Vino al caso que prendimos la radio para oír el noticiero y Carmelo preguntó si carecíamos de televisor, y sí, carecíamos, pero no, no se le ocurra y ¿por qué no; dijo Petra y basta dije yo seriamente.

No cabía un televisor porque yo ocupaba mucho espacio con mi mesa y mis cuadros y quedaba mínimo espacio para las dos camitas una mía otra de Petra y las

sillas y la mesita para comer a veces porque yo prefería comer en el bar y Petra no sé adónde.

Un televisor es un tirano que mantendría a Petra ubicada enfrente y sin hacer nada y yo me debía a mis cátedras y a mis cuadros. Aquí no cabe, insistí, dando explicaciones y no se habló más del tema.

Escuchamos la radio un ratito y Carmelo se despidió agradecido. Observé la expresión de Petra. Por nada del mundo entraría yo en problema alguno.

Le dije a Petra que debíamos tratar seriamente el tema, y no temí titularlo, Cacho Carmelo Spichafoco, porque de eso hablaríamos aclarando puntos y comas todos los puntos y comas que debo aprender a colocar en sus justos espacios. Mientras, buenamente tomaríamos un capuchino cordial. Petra estaba algo envarada y eso no me gustó.

Petra, le dije, el señor Cacho Carmelo Spichafoco ya terminó el negocio de la compra venta del departamentito y yo no lo quiero como amistad porque no sé nada de la vida del señor Cacho Carmelo Spichafoco y antes de que se tome confianza, espero demostrarle que nuestro acercamiento tuvo como finalidad la compra del departamento y que no se atreva a ofrecer regalos importantes porque somos personas trabajadoras que se ganan el sustento con el sudor de donde pueda sudarse y vos me entendés... No creas Petra que yo olvidé las atrocidades que sos capaz de hacer y no te critico pero el señor este es italiano y de la isla de Sicilia y con esas personas no se juega porque son buenísimas pero si les fallás en algo olvídate de ver el día siguiente a la patraña y ahora decime por qué mentiste sobre los ravioles y el tuco... vos estás coqueteando a ese señor y es peligroso... yo sé lo que te digo y yo no te saco de ningún apuro más y vos sabés lo que quiero decirte y el señor vendrá la semana próxima por el retrato que se lo regalaré para cortar el lazo de gratitudes si es que existe alguno.

Petra desenvaró su mínima estatura y empezó a lagrimear. Y le dije que nunca estuvimos más tranquilas que ahora y debíamos seguir así pero como yo no acostumbraba a obligar al prójimo porque mi naturaleza no era despótica si ella tenía otras oportunidades y deseaba separarse de mi manera de ser que lo manifestara en el momento.

Petra decide

Fuimos a acostarnos y enseguida oí los ronquidos de Petra y me di cuenta de que mi proposición de futuras disciplinas no le había hecho mella.

Recostada en mi almohada a la media luz que filtraba la luna por los vidrios veía a la pequeñita, pergeño femenino no obstante ello cuánto sueño me quitaba y yo necesitaba toda la noche para descansar así como todo el día para trabajar.

Petra carecía de prejuicios o acaso padeciera de incapacidad para considerar lo horripilante de sus faenas con el espécimen masculino ubicando su llamémoslo trabajo a nivel de mis trabajos aunque mal remunerados por los caprichos de su clientela y los golpes y las mordeduras y los chupones en el cuello que le servían para conseguir otros clientes advertidos acerca de la naturaleza de sus andanzas porque las marcas en el cuello que no podía cubrir con maquillaje ni con pañuelos o bufandas la exponían en desnudez, en inmoralidad, en lo que en realidad ella era y con qué gente cruel se daba y la infeliz iba por falta de consideración barranca abajo cada semana luego de los encuentros más fogosos y mejor pagados. Me resultaba imposible ubicar ese despojo de humanidad servil, antes no, ahora que con sacrificio ganaba terreno en palabra escrita y cursaba el último año en Bellas Artes además de permitírseme por la calidad de mis cuadros, hacer suplencias en los cursos menores con excelentes resultados. Dónde ubicar a ese miserable ratoncito humano o casi humano al que ayudé siempre y estaba pegado a mí no tan normal humanidad, al que salvé de la cárcel pero nunca intenté salvar de la existencia oscura de los manoseos y arrumacos pecadores de viejos casados y solteros degenerados y vaya a saber de qué más... ¿hice mucho o poco por Petra? Nunca lo sabría. Jamás lo sabré.

Y en medio de esa noche lunar blanca de luna que se filtraba noté que los ojitos del ratoncito humanoide me miraban y traté de fingir dormir y ella me objetó que sabía lo que yo pensaba y que ya mismo si se lo pidiera haría sus bártulos y desaparecería y que no me preocupara porque iría a vivir con sus padres, con tía Ingrazia y tío Danielito, aunque el peor de los brutales sucedidos saltara la pared medianera y trepara la misma pared del lado contrario y el ánima de Carina le reprochara vaya a saber qué espantos, pero que una sola palabra mía decidiría su futuro y le dije que durmiera que yo no tenía sueño y que iba a terminar el retrato de Cacho Carmelo y ella se abrazó a la almohada y siguió roncando enseguida tan frágil su consciente, tan receptivo su inconsciente.

Pero en mi caso no sucedía así y mientras limpiaba los pinceles en la crecida noche y a la luz de mi lámpara armaba situaciones para proponérselas a Petra. Porque mis alumnos mayorcitos vendrían a mi habitación atelier y los varones, ojalá que no, pero podría suceder conocieran a Petra ya saben en qué situación.

Y Petra era inconfundible.

Con la inauguración de la mañana terminé el retrato. Salió Cacho Carmelo mucho mejor de lo que era. Hice resaltar el anillo chevalier del meñique porque me lo recomendó y hasta brillaba el diamante en su *contadina* manaza. Petra se levantó y fue a preparar el desayuno de café con leche y medialunas. El rostro de la pequeña, noté, había envejecido, o sólo serían imaginaciones mías.

Ella comenzó la conversación. Y me dijo que tenía dónde ir en caso de molestar en el departamentito y yo me apresuré a desdecirla que no molestaba y que ella había contribuido con algún dinero, que en caso de decidirlo, yo lo devolvería porque la casi totalidad de la adquisición fue pagada por mí y que todo lo certificaba la escribanía para evitar malos entendidos, pero que yo no decidía si quería partir o quedarse llenando ciertos huecos de prejuicios que tenía la obligación de comprender por el bienestar de ambas.

Petra era mucho más avispada que lo que yo suponía y bebiendo su desayuno confesó que de irse me extrañaría porque nadie nunca la ayudó como yo lo hiciera.

En cuanto a su trabajo, el más antiguo del mundo, ya le resultaba pesado y ahora temía a las enfermedades en boga y que prefería quedarse en mi departamentito pero que yo le devolviera el escaso dinerillo que significaba un monto mínimo para que el departamentito fuera de mi exclusiva propiedad lo que consideraba justo y yo acepté realizar el diligenciamiento en la escribanía. Fuimos esa tarde y después yo seguí con mis clases y con las numerosas actividades atinentes a mi especialidad y ella habrá hecho igual y no nos encontramos hasta la noche cenando en el bar frugalmente. Ahí me preguntó humildemente si dormía en mi departamento o ya no tenía derecho y entonces iría a la casa de sus padres y yo le dije que aún era mi empleada y que le aumentaría el sueldo de cincuenta a cien. Tanto se alegró que se le saltaron las lágrimas.

Hubo un paréntesis demasiado extenso porque ambas todavía debíamos aclarar situaciones o limar asperezas.

De pronto casi tomamos la palabra juntas y yo le cedí el turno a ella. Me anticipó que estaba en deuda conmigo por no haberme puesto en conocimiento de algo que más tarde a la hora de comer, vendrían a ponerme en conocimiento tía Ingrazia y tío Danielito, es decir sus padres, tíos míos.

Un lampo de grisura anduvo por ante mis ojos. Vuelvo a visualizar como antaño cosas que otros no ven y en la niñez y adolescencia fue la cola de Betina que significaba el ánima que la abandonaba pero después ocurrieron espectaculares sucesos y esos nunca los avizoré.

Entró a fundamentar situaciones no bien coordinadas y nombró a sus padres, a Abalorio de los Santos Apóstoles y a su novia Ana del Porte Cavallero, creo que ahí paró y me pidió permiso para hacer una cena muy íntima en mi departamentito con una sorpresa que aún mantenía en secreto y que la comida vendría de una rotisería

muy conocida en la ciudad, también los bebestibles y los servicios de mesa y que me juraba que sería la última vez que me molestaría porque yo algo molesta estaba y no era para menos, pero me rogaba un chiquitito más de paciencia y todo quedaría claro como el agua.

No puedo negar que ese día debí esforzarme durante la clase y que los trazos de pintura flameaban y yo sentía una caótica neurosis que pude superar diciéndome a mí misma que pasara lo que pasara nada significaría comparado con los esfuerzos míos a fin de superarme. Miré el reloj varias veces y me acordé cuán tarde aprendí la hora y el chucho frío, el antiguo, tremoló mi estructura y temí retroceder mis tiempos.

Llegó un atardecer silencioso y ríspido.

Petra estaba en mi departamento desde temprano, acaso no habría salido, tan limpios y lustrados se veían los pisos y objetos. Ya habían traído servicio de mesa y mis cuadros, mesa de trabajo y demás, trasladados al galponcito casi me hacen estallar en ira pero Petra aseguró que no volvería a ocurrir y fui a ducharme y a terminar un trabajo en el galpón.

Cuando intento huir de la dura realidad objetiva, entro en soponcio y me dormí sobre el trabajo en el galpón y me despertaron voces aunque conocidas ya olvidadas.

Fui al encuentro de las voces y no pude menos que admirarme tanto de la concurrencia como del espectáculo, diré, extraordinario de la mesa puesta como hacía muchísimos años estuvo festejando algún bautismo o cumpleaños antes que mi papá nos abandonara, y hasta habían armado los candelabros para que se lucieran las vituallas y por qué no, también los comensales todos bien trajeados, paqueteando, y yo me sentí extraña en ese mundo extraño creado mientras yo pernoctaba y pintaba en el galpón y de eso no hacía tanto y vi a Petra diligente que semejaba una avispa yendo y viniendo de aquí para allá y vi también a la pareja formada por Abalorio de los Santos Apóstoles y Ana del Porte y más allá a Cacho Carmelo Spichafoco y saludando al ingresar vi a tía Ingrazia y a tío Danielito... ¿quiénes faltaban?, sí faltaba el profesor José Camaleón y su esposa Betina bien emparentada con todos los presentes haciendo excepción de la pareja Abalorio-Ana. Y entró Rufina portando un ramo de flores de parte del profesor y su esposa, ya saben de quiénes se trata y una cartita para Petra y sentí que debió ser para mí dueña del inmueble, pero así estaban las cosas.

Tuve la sensación de que se avecinaban grandes cambios y que la última en enterarse sería yo, pero no me importaba con tal que me dejaran tranquila para trabajar y vivir mis personales experiencias.

Saludé y saludaron y nos ubicamos en torno a la mesa cada cual con su plato y cubiertos y vaso y copa y mandíbulas mordisqueantes porque había tanto que nadie debía privarse de nada y pregunté a qué se debía tanta pompa.

Pidió la palabra Rufina y dijo que ella no participaría y que traía las flores y la carta porque sus patrones no vendrían porque la señora Betina no salía de noche y

saludó y se fue. Yo la seguí y ella me dijo que pensaba irse a su provincia que era San Luis porque el señor y la señora se bastaban a sí mismos y que la disculpara pero que estaba cansada de limpiar porquerías de la pobre señora que no aguantaba ni pis ni lo otro y de ver al señor melancólico y que era hora de que él limpiara o lo que fuera porque ella ya no daba más. Me pareció lógico.

Petra abrió el sobre y leyó querida Petra te deseamos toda la felicidad del mundo pero no podemos ir a tu fiesta porque no salimos de noche.

¿Qué fiesta de Petra?, pregunté azorada y me contestó Cacho Carmelo que él iba a tener el honor de pedir la mano de Petra a sus señores padres allí presentes, es decir a tía Ingrazia y a tío Danielito y yo trastabillé y dije a Petra por qué no me avisó y ella dijo que para darme una agradable sorpresa y yo suspiré ah...

Cacho Carmelo muy aseñorado miraba a derecha e izquierda para semblantear a la concurrencia y vio dientes expuestos en sonrisas de aceptación menos la mía que estaba de una sola pieza rezando a santa Rita que es mi patrona para que nunca el novio se enterara... ustedes ya saben de qué y explotara como suelen explotar los sicilianos, pero he aquí que me llevaría otra sorpresa cuando Cacho Carmelo pidió la palabra, copa de champagne levantada brindando por una señorita pequeña pero de corazón grande que había tenido la desgracia de perder a su hermanita Carina y que siempre la lloraba entre sus brazos y que demostraba de tal manera la bondad de su alma y su corazón como así también el hecho de preferir acompañar a su prima solitaria, es decir a mí en lugar de convivir con sus papás en la tranquilidad del dulce hogar paterno, valga la redundancia.

Y yo reeditaba la tragedia del papero con las partes pudendas en la boca y luego mis apuros junto con los apuros de Petra para hacer desaparecer rastros y fingir como dos mimas de un tablado diabólico lo que ocultábamos y recién ahora me di cuenta de la peligrosidad de la enana. Pero esta vez juré salir invicta de esta tragicomedia inmunda.

Y siguió embalado el novio, mientras los padres de la novia lloraban emocionados y los otros parientes o no seguían sonriendo, que para el año entrante, enero, porque ya estábamos en diciembre se casarían por iglesia y elegirían San Ponciano porque Ponciano fue el nombre de su abuelo.

Y ahora, dijo, metiendo la mano en el bolsillo del chaleco, nos vamos a comprometer con estos anillos y fíjense, dijo, que el cintillo es de diamantes y platino, de más está que diga que los anillos son de oro y llevan en su interior nuestros nombres y fecha, la de hoy, y voy a proceder a enjoyar a mi novia, futura esposa rogándole a ella lo haga conmigo. Aplausos y besos.

No recuerdo haberme movido de mi silla porque estaba espantada y reaccioné porque me he visto en peores y aplaudí desde mi sitio.

Cacho Carmelo insistía en relatar su aventura y venturoso amor y explicó que el matrimonio civil sería a la mañana del primer viernes de enero y a la noche el

casamiento por iglesia y que la novia luciría un traje de seda de lo mejor y tul cuya cola la llevaría un sobrinito de él llamado Carmelito y luego saldrían en viaje de bodas a Punta del Este.

Y que me agradecía lo buena que había sido yo con su futura esposa y él nunca lo olvidaría y entonces yo fui al galpón y traje el retrato terminado recibido con una exclamación y Cacho Carmelo me felicitó y dijo qué bien se nota que mi chevalier es diamante puro y los demás opinaron que estaba muy buen mozo y él aseguró que era muy buen mozo y digno de su pequeña noviecita, una santita.

Y yo hubiera deseado que todo hubiera sido una pesadilla. Pero no. Y conté los días que Petra se quedaría conmigo deseando que pasaran de una buena vez.

Entonces Petra tomó la palabra y dijo que los padrinos del casamiento civil y del casamiento religioso serían los mismos y que tanto ella como su amado Cachito habían pensado en tía Ingrazia y tío Danielito, eran mis tíos pero sus padres, y en Abalorio de los Santos Apóstoles y Anita del Porte, y yo sentí que la enana nunca me quiso, sentí que acaso peligré cerca de ella y vi el fulgor de sus ojitos arratonados que me quemaban y me erizó el contacto de ese pecado capital que es la envidia, y decidí que una vez que se levantara la mesa y el departamento quedara solitario, tal vez mientras Petra fatigada durmiera, me iría al hotel que ya conocía, al menos por esa noche, después vería, y esa noche percibí que Petra podía ser peligrosa porque había bebido demasiado y no me quitaba los ojos de encima.

Salí casi a la madrugada y conseguí un taxi que me condujo al hotel próximo a la estación del ferrocarril y me ubicaron en la misma habitación que en una oportunidad ocupé con Petra y como prometí volver les pareció que sería ésta la ocasión prometida aunque les llamó la atención que no traía equipaje y le expliqué al señor que me entregó la llave que al día siguiente después de desayunar partiría. Casi no dormí y fluctué en estado de semivigilia tan desagradable que fatiga más que permanecer levantado la noche entera y ya el reloj marcaba las tres de la mañana.

Cuando quise acordarme eran las diez de la mañana y fui a ducharme, carecer de ropa interior me molestó pero las cosas se precipitaron de tal manera que tenía que resignarme y mis clases empezaban a las once. Acomodé mi anatomía lo mejor que pude, no notarían la diferencia dado que yo no me maquillaba pero necesitaba mis carpetas y cartones, nunca me amilané y aunque ya dominaba extensamente el vocabulario, la neurosis soportada la noche anterior, advertí, me enrulaba la lengua que así yo definía cierta dificultad en la palabra hablada que casi también solucioné, pero los golpes fueron demasiado espantosos especialmente desentrañar la basura que rellenaba la psiquis de Petra que en el fondo era una criminal peligrosa y ojalá me equivocara porque cuando uno está furioso carga las tintas de cualquier suceso y yo estaba furiosa pero no se notaba, mi impavidez natural disimuló siempre mis estados de alma y así seguiría además faltaba poco para los casamientos de Petra.

Después cambiaría la cerradura de mi departamento y mi más grande esperanza

significaba olvidar... olvidar y continuar mejorando hasta llegar a si fuera posible aplastar mi original minusvalía. Eso no olvidaría. Yo era una pieza más del fenomenal estatus degenerado y apenas aproximado a la pura raza humana en su acabada naturaleza.

Desayuné y pagué mi estada en el hotel y tomé un taxi que me llevara a mi departamento y cuando entré a la carrera vi a Petra todavía en la cama y salí con mis bártulos sin hacer ruido.

Al llegar a Bellas Artes creí al principio desconocer el edificio y me senté en un escalón de la escalera que va al segundo piso. Comprendí que otro disgusto me sumergiría en las sombras de las que salí con tanto esfuerzo y con esfuerzo me levanté y entré al aula justo en mi horario. Creo que ningún alumno notó mi temblor de los primeros momentos ni alguna palabra dislálica deslizada al pasar y regresé al universo de los vivientes que me conquisté y merecía.

Fui a almorzar al barcito aunque el estómago no requería alimento, cuando estoy nerviosa así me sucede y pedí un emparedado y una bebida sin alcohol cuando como del techo cayó a mi lado Petra y me besó en la mejilla costumbre desconocida en la familia y no dije ni a.

Ella pidió un bife con papas y otras suculencias, estaba hambrienta y con la boca llena comenzó su cháchara y lo inicial fue que Cachito había resuelto que estos días que faltaban para casarse ella los viviera en casa de la familia Spichafoco porque la hermana de Cachito, modista fina, le estaba confeccionando el vestido de novia y además, Cachito creía que ella estaría mejor yéndose a la quinta de Adrogué y que ella esta misma noche se mudaría a la casa de la que sería su futura familia, a menos que yo tuviera algún inconveniente y casi le grito, pero me contuve que al contrario.

Seguimos ahí, ella comía y yo bebía agua esperando algo más que intuía, Petra quería decirme y no me equivoqué. Y me dijo que por favor no invitara al profesor y a Betina a su casamiento porque no estaban presentables, tuve que morderme la lengua para no responderle que se mirara en un espejo de cuerpo entero y que si entendía qué significaba estar presentable, seguramente escondería su miserable figura en una ratonera. Pero callé. Pidió postre helado y mientras se relamía como un gatito feo, me rogó que esta noche recibiera a Cachito que deseaba conversar conmigo de asuntos importantes y le di cita alas ocho.

Cacho Carmelo (Cachito) Spichafoco prejuicioso

Ya Petra se había mudado. Ya respiraba un ambiente sereno, inaugurado para mí porque no debía nada a nadie y cuanto me rodeaba de mi exclusiva propiedad, aunque escaso, me pertenecía..., ¿sería posible? Me adormecí en el sillón antiguo que adquirí y entre el celaje liláceo del sueño apacible, sobre la sábana que debe ser el alma, una luciérnaga entreabrió el denso tinte y vi dos siluetas caducas no yacentes pero casi, y me negué a reconocerlas, sí, me negué pero insistieron con la fuerza de los desesperados. Dije bajísimo Betina y José Camaleón... y ellos en la tiniebla rancia de los no deseados, por un instante me miraron y fantasmas al fin para mí, fantasmas, desaparecieron.

A las ocho llamaron. Atendí. Cachito formal y bien trajeado, perfumado Atkinson, apareció a pesar de tanto limarse y lustrarse, más taño que nunca, y solicitó permiso para sentarse a menos que de no haber cenado lo acompañara y le dije que mi estómago no me respondía, que no cenaría y que ni bien él se fuera me acostaría y dijo temprano como las gallinas... Como las pigmeas... respondí y al cabo bajó los bigotes que antes alzó su risa y exclamó vamos al grano, pensé hacerle otro chiste pero callé como lo hago siempre a tiempo.

Cruzó las piernas, las cortas piernas *contadinas* o vulgares, se acarició los bigotes y charló de futilezas y yo repetí al grano.

Sí, sí, vamos vamos..., respiró. Noté que le costaba hablar.

Sentí que si inmutaba mi paz recién nacida le rompería una silla por su cabeza teñida de negro azulado.

No me di cuenta de que con lo de pigmea le puse pie para empezar el edificio de fraseología, llamémoslo y ocurrió.

Entiendo Yuna que usted sienta envidia por la suerte de su primita, pero a los buenos de corazón, el Corazón de Jesús, tarde o temprano los ayuda, y si no piénselo qué vida regalada gozará Petra... después de tanto sufrir, la pobrecita, buena y decente en este ambiente de artistas y gente bohemia de la que usted forma parte aunque haya sido generosa con la pobrecita, los ejemplos de la gente de la noche no le han hecho bien, yo deberé esforzarme para que olvide todas las experiencias sin moral que estuvo en peligro de contagiarse porque hasta me confesó que intentaron corromperla y si bien no nombró a nadie por la descripción, perdóneme, creo que usted quiso corromperla en varias ocasiones. Pero Petra no la acusó, no vaya a pensar eso, y tal vez quien quiso enlodar su pureza no fue usted sino cualquier otra artista... por eso le ruego que no se acerque a mi futura esposa ni usted ni ninguno de esos personajes melenudos y extravagantes que la rodean y que si insisten yo haré cualquier cosa por guardar el honor de la familia y si alguna lengua se atreviera a calumniar a Petra,

mire... Y sacó de su bolsillo una sevillana, y agregó le corto la lengua.

Todas las fatigas y penas de mi vida cayeron como chaparrón de invierno encima de la sábana que ustedes conocen y no contesté ni una palabra al horror de este guante dado vuelta que fuera cuanto expresó el infeliz, el único más infeliz que yo porque no hallaría remedio. Se fue.

Y pasó diciembre, enero, febrero, en marzo comencé las clases. Me sentía recién nacida, conseguí nivelarme, exponer, viajar.

Borré. Borré. Borré todo.

Una enorme melancolía invadió mis pinturas y las valorizó porque la gente al verse reflejada en la pena, puede consolarse algo.

Supe que Betina había fallecido y que el profesor a causa de la existencia miserable exigida de cuidar a la enferma no salía de la casa y recordé que la casa era mía, por herencia, pero también lo olvidé.

Table of Contents

LAS PRIMAS
Primera parte
- La infancia minusválida
- Betina sufre un mal anímico
- Los institutos para educandos diferentes
- El desarrollo
- La exposición de Bellas Artes
- El diploma
- La cena
- Tía Nené
- Cómo era mi tía Nené
- La tía Ingrazia
- Tía Nené y mi prima Carina
- Petra
- Calor de hogar
- Alegría del hogar

Segunda parte
- El vecino
- El enigma del sesoral
- La decisión de Petra
- Cuando se llevó a cabo la exposición
- Cuando Petra cumple su cometido
- Desesperación de la mujer del vecino que sobresaltó al barrio

Tercera parte
- Inauguración de la parrilla
- El cumpleaños de Betina
- Los invitados de José Camaleón, el profesor
- El brindis
- Betina necesita otra silla
- Conversación con Petra mientras desayunamos
- La duda
- Segundo brindis
- En el Registro Civil
- La hora esperada de Betina
- Color de invierno
- Una nueva amistad que puede durar
- Petra decide

Cacho Carmelo (Cachito) Spichafoco prejuicioso